

Espacio para escritores independientes
y lectores exigentes

Scriptorem

Revista literaria digital

Nº 1

ENERO - ABRIL 2022



© Revista **SCRIPTOREM**
© Enrique Eloy de Nicolás Cabrero
© BookyAM Servicios Editoriales
www.bookyam.com/revista-scriptorem
www.bookyam.com
revista.scriptorem@gmail.com
bookyam.info@gmail.com
Valladolid (ESPAÑA)

ISSN: 2792 - 6206

EDICIÓN:
Enrique Eloy de Nicolás Cabrero
BookyAM Servicios Editoriales

DIRECCIÓN, COORDINACIÓN Y MAQUETACIÓN:
Enrique Eloy de Nicolás

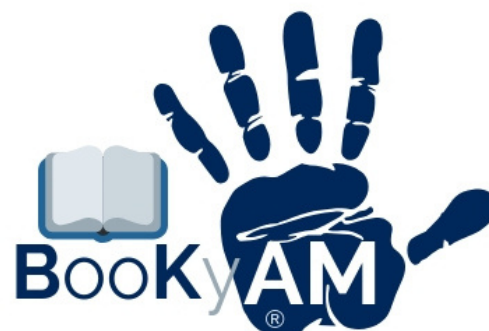
**PARA SUSCRIPCIONES Y COLABORACIONES EN
NUESTRA REVISTA:**
revista.scriptorem@gmail.com

PARA ANUNCIARSE EN NUESTRA REVISTA:
revista.scriptorem@gmail.com

LOS EDITORES Y LA PROPIA REVISTA SCRIPTOREM NO SE RESPONSABILIZAN DE LAS OPINIONES VERTIDAS POR LOS AUTORES PARTICIPANTES EN ESTE NÚMERO; QUIENES, ADEMÁS, SERÁN RESPONSABLES DE LA AUTENTICIDAD DE SUS OBRAS.

LOS EDITORES Y LA PROPIA REVISTA SCRIPTOREM SE RESERVAN EL DERECHO DE SUPRIMIR, PARCIAL O TOTALMENTE, TODOS AQUELLOS ESCRITOS QUE VAYAN CONTRA LA DIGNIDAD Y/O MORALIDAD DE LAS PERSONAS.

EJEMPLAR GRATUITO



SERVICIOS EDITORIALES
PARA PUBLICACIÓN EN AMAZON

WWW.BOOKYAM.COM

CONTENIDO

5 NOTA DEL EDITOR



6 EL OFICIO DEL ESCRITOR

Ser escritor y no morir en el intento,
por Enrique Eloy de Nicolás

9 LA POESÍA ESTÁ DE MODA

Poemas pertenecientes al libro "El alfil rojo", por Ana Romano
"Adivina la película", por Rubén Hernández
El rapero, por Aleqs Garrigóz



15 PUBLICAR, ESA DIFÍCIL CUESTIÓN

Literatura de autoedición contra literatura tradicional, por Luis Alberto Serrano

18 CUÉNTAME UN CUENTO

Tirar del carro, por Paloma Celada
Los gatos de Casbah, por Santiago Pescador
El chancho de Villa Crespo, por Fernando Sorrentino
Destino, por Juan Antonio Herdi



35 UNA MESA PARA DOS...

Entrevista a Liliana Aguilar, por Rolando Revagliatti

48

LIBROS DE HOY Y DE SIEMPRE

La sombra del viento, de Carlos Ruiz Zafón.
Reseña realizada por Javier Úbeda Ibáñez



53

DESDE EL HORNO BOOKYAM A TU MESA

La dama azul, de Raquel de Sena.
Reseña realizada por Enrique Eloy
de Nicolás, BookyAM Servicios
Editoriales

56

BOOKYAM CONFIDENCIAL. NUESTROS AUTORES

Entrevista a **Carlos Enrique Aguilar
Mora**, por Enrique Eloy de Nicolás,
BookyAM Servicios Editoriales



64

ANUNCIANTES. SUSCRIPCIONES, COLABORACIONES

De importancia para anunciantes,
suscriptores y colaboradores



SERVICIOS EDITORIALES
PARA PUBLICACIÓN EN AMAZON



nota del editor

Con este primer número iniciamos una andadura deseada e ilusionante en BookyAM Servicios Editoriales: Creamos nuestra propia revista con el fin de ofrecer un nuevo producto a nuestros suscriptores, todos ellos escritores y lectores. Un producto de calidad con el que todos podamos interactuar, entretenernos y llegar a identificarnos.

Su título, SCRIPTOREM, significa "Soy escritor".

En BookyAM sabemos lo importante que es, para un escritor, poder llegar a publicar sus escritos; con la consabida y frecuente dificultad de que lo hagan las editoriales convencionales. Para eso nace SCRIPTOREM, entre otras cosas, para darte la oportunidad de que publiques tus textos y de que nuestros lectores puedan llegar a saborearlos y apreciarlos; dándote, además, la oportunidad de promocionar tu marca de autor.

Otro producto más en la lista de BookyAM, que se une a nuestra web, a nuestro blog, a nuestro canal de YouTube y a nuestra emisora de radio: Onda BookyAM Literaria.

En BookyAM tenemos el compromiso de que cualquier escritor pueda publicar, bien utilizando nuestros servicios editoriales, bien utilizando los canales antes mencionados; porque cualquiera que escriba, siempre tiene algo que decir, algo que contar, y es importante que no se quede en el olvido.

Esperamos que este primer número, y la propia revista SCRIPTOREM, lleguen a lo más profundo de ti y, al menos, logremos entretenerte.

Enrique Eloy de Nicolás

EL OFICIO DEL ESCRITOR

"...el futuro escritor necesita una preparación, un entrenamiento, que le haga llegar a escribir de una manera eficaz..."

Ser escritor y no morir en el intento

Por Enrique Eloy de Nicolás
Valladolid - ESPAÑA

<https://enriqueeloydenicolas.wixsite.com/novela-relato-teatro>
www.bookyam.com



Un escritor ¿nace, o se “hace”?

Hay muchas personas que quieren escribir, que reciben esa “llamada” indicándoles que quieren ser escritores. Pero no se dan cuenta de que, en primer lugar, precisan esa cualidad innata que les cubra esa necesidad de plasmar las historias que bullen en su mente en un papel que, después, pueda transformarse en un libro editado y publicado. Yo, a esa “cualidad innata” la llamo inquietud. No creo que la capacidad de un escritor para contar una historia sea un don recibido de una divinidad o de la propia naturaleza, creo en esa inquietud que surge cuando uno es bien joven, y que se acrecienta por las múltiples lecturas a las que te has sometido.

Es cierto que un escritor “nace” porque tiene la necesidad de escribir historias, de contar lo que su imaginación pergeña, pero es bien claro que ese futuro escritor necesita una preparación, un entrenamiento, que le haga llegar a escribir de una manera eficaz, sabiendo llegar y sorprender al lector.

Esa preparación llega, en primer lugar, leyendo incansablemente, aprendiendo de los autores que nos preceden y a los que admiramos; y en segundo lugar, realizando talleres literarios, cursos de escritura, tertulias, etc. Un futbolista, que está llamado a ser una gran estrella en su deporte, nace con unas inquietudes y unas grandes aptitudes para llegar a ser uno de los grandes, pero su preparación es indispensable para llegar a serlo y no fracasar. Y, al igual que este futbolista necesita entrenar a diario para mantenerse en lo más alto de la tabla, el escritor también necesita ejercitarse todos los días, escribiendo y aplicando aquellas técnicas aprendidas en los talleres y cursos, leyendo sin descanso a otros autores, admirando su obra, sorprendiéndose y deleitándose con ella, y, por consiguiente y sin ninguna duda, aprendiendo cada día.

Un escritor nunca deja de aprender

Un error muy común en aquellas personas que deciden iniciarse en la escritura es pensar que, como tienen varias carreras universitarias y no sé cuántos Masters, que son adultos y que tienen un amplio bagaje cultural en su vida, no necesitan instruirse y se ponen a escribir sin miramientos. Su fracaso está garantizado.

Cualquier persona con cierta cultura y preparación será capaz de escribir una carta, un artículo basado en la disciplina que controle, etc; pero llegar a escribir un texto literario es muy distinto. Un escritor debe aprender a llegar al lector, a que este se emocione con una frase, con un párrafo, con el texto completo, jugando con todas las posibilidades que el lenguaje nos ofrece.

Llegar a los sentimientos y emociones del lector es sumamente difícil si no se controla alguna de las técnicas existentes, las cuales se pueden llegar a identificar en las lecturas si lo hacemos con actitud crítica, o en los talleres y cursos literarios antes mencionados.

El escritor: un ser imperfecto

Jamás deberemos pretender llegar a la perfección. La perfección absoluta no existe. Un escritor, por el mero hecho de ser humano, también es imperfecto, por muy buena que sea su obra y por muchos ejemplares que haya vendido. Un escritor, como cualquier otro profesional, debe aprender a ser cada día mejor, cada día más perfecto, con humildad, y siendo consciente siempre de que la perfección absoluta es inalcanzable.

Escribir para alcanzar la fama

Hay escritores (yo los llamaría pseudoescritores, más bien) que han acudido a numerosos talleres literarios con la simple (o compleja) idea de aprender a escribir textos literarios lo más pronto posible, con la intención de publicar sus obras rápidamente, vender muchos ejemplares y hacerse ricos. Eso es un error. A muchos escritores que empiezan siempre les digo lo mismo: “debes escribir porque tu corazón, tu alma, necesitan que escribas”.

Es evidente que cualquier escritor escribe para ser leído. Esa es la idea. Y cualquier escritor con mayúsculas se sentirá muy halagado si alguien, aunque solo sea una persona, lee su obra y le hace comentarios sobre la misma, aunque sean negativos.

Es muy difícil vivir de la literatura. Esta es una premisa que cualquier escritor que comience debe tener clara. Y siento ser un cenizo, pero es así. Solo unos cuantos llegan a vivir de la literatura, juntando las ventas de sus libros, la creación de artículos diarios en periódicos o revistas y múltiples conferencias en distintos eventos. Y solo unos pocos, muy pocos, llegan a hacerse millonarios con las ventas de sus obras.

He conocido a muchos escritores, y puedo afirmar que el verdadero escritor es aquel que escribe porque disfruta haciéndolo, porque tiene la necesidad imperiosa de contar una historia, porque se divierte escribiendo (aun siendo consciente de que es un trabajo arduo), pensando en que algún día alguien llegará a leerle.

El escritor, desde que comienza a serlo, se enfrenta a numerosos problemas y dificultades. Hoy en día hay mucha gente que escribe, aunque la mayoría son pésimos escritores o solo lo hacen con el afán de ganar fama y lectores que les reporten succulentos y rápidos beneficios. Las editoriales se ven desbordadas y, como es lógico, seleccionan mucho los textos que les llegan. El escritor que solo quiere fama y dinero, se sentirá frustrado cuando reciba contestación de todas las editoriales a las que ha enviado su manuscrito, denegándole la publicación de su obra, eso sí, con las mejores y más educadas palabras del mundo; y lo más probable es que arroje la toalla y nunca más vuelva a escribir nada.

El escritor de verdad, también se enfrentará a numerosos problemas y dificultades, recibirá las mismas contestaciones de las editoriales denegándole la publicación de su obra, y también se sentirá triste, pero seguirá escribiendo y creando historias porque esa necesidad es superior a todos los problemas y desgracias que le puedan acaecer.

Por ello, a modo de resumen:

-Debes escribir si verdaderamente lo necesitas, si sientes esa necesidad.

-Aunque tengas aptitudes claras para la escritura, para crear historias, nunca dejes de aprender.

-Compagina la lectura con la escritura. Todos los días ESCRIBE, ESCRIBE, ESCRIBE... Pero también, todos los días LEE, LEE, LEE...

-Intenta siempre jugar con los sentimientos, con los tuyos propios si es preciso, para hacer que el lector, cuando haya un lector, se emocione.

-No escribas pensando en los lectores (aún no tienes), escribe pensando en tu alma, en tu corazón; ellos son los primeros que disfrutan con tu escritura.

-No busques la perfección, no existe. Trata de hacerlo cada vez mejor.

-La fama es efímera, no la busques. Busca escribir cada día mejor. Diviértete con lo que escribes y escribe porque no puedes vivir sin hacerlo.

-Sé siempre humilde. Tu estilo como escritor lo agradecerá y tus lectores, aún más.





LA POESÍA ESTÁ DE MODA



Por Ana Romano
Buenos Aires - ARGENTINA

<https://es.calameo.com/accounts/5230140>

Poemas pertenecientes a su último libro "**El alfil rojo**"

Agustín

En la noche encapotada
fluctúan
borrosas formas
que generan incertidumbre

La osadía del viento
en busca de espacio
hostiga la insonoridad

En garganta de lata
el sortilegio de unas cuerdas
derraman añoranzas.

Agustín
a pasos desorbitados
se acomoda en el banco de la plaza
y dispara.

En un cuento

Versos hambrientos
danzan quebrados
Una flecha
interrumpe la complicidad
Gatean las estrofas
escondiéndose
entre las vocales
que aplauden.

Evaporarse

Evapórase
un místico:
la pluma excitada
devela
el legado
que germina en rey.

Facetas

Otórgase
suntuosidad al impulsivo
mientras
fondea la lujuria

y así:
cuenca a la imaginación.

La infancia no

Transparencia
en la atormentada cabellera

Picotean
extremidades
afilados gansos

La infancia no remienda

Desprejuiciados choclos arrullan
la historia.

Remotos

Indeciso
un bastón
tolera el desquicio
Tambalea
el argumento
Jubilado
gesticula
el bandoneón

¿Y qué instintos
remotos
desabrocha el tango?

Rostro

Los ojos tajejan la inmediatez de la cuchara

con su desgaste ya esa sonrisa
también se rasga.

Y despierto

Pesadillas
en cuyos plisados
más o menos
despierto

ciego
y espeso

en el holograma
de un jacarandá
y girasoles.

Vínculos

Larvas que
(yo sé que es posible)
se ajan

Los vínculos
mutan grietas
enlazan hilachas

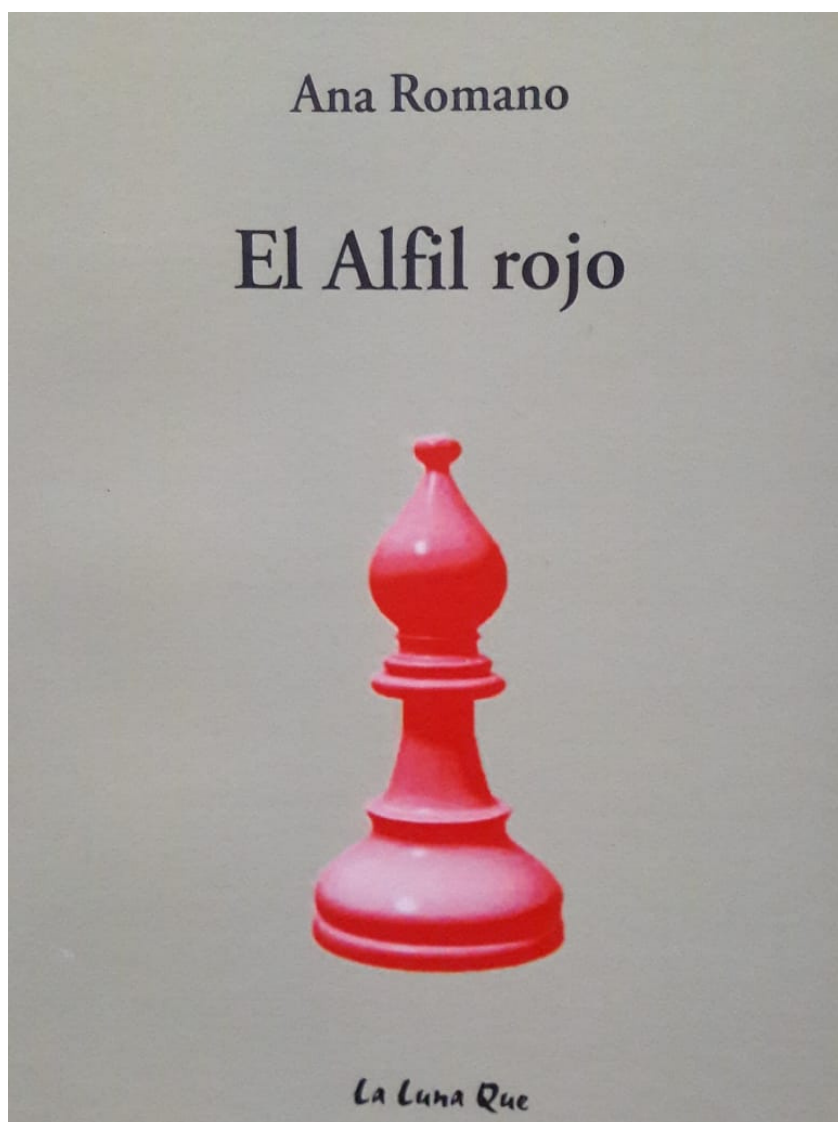
prejuzgan.

Tarima

La galera

y en los espejos
tintineando
los botones
festoneados
De

etiqueta
Entarimado
lo descuartiza
su actuación.





Por Rubén Hernández
Madrid - ESPAÑA

CANAL YOUTUBE: "VERSALIA, poemas,versos

-1-

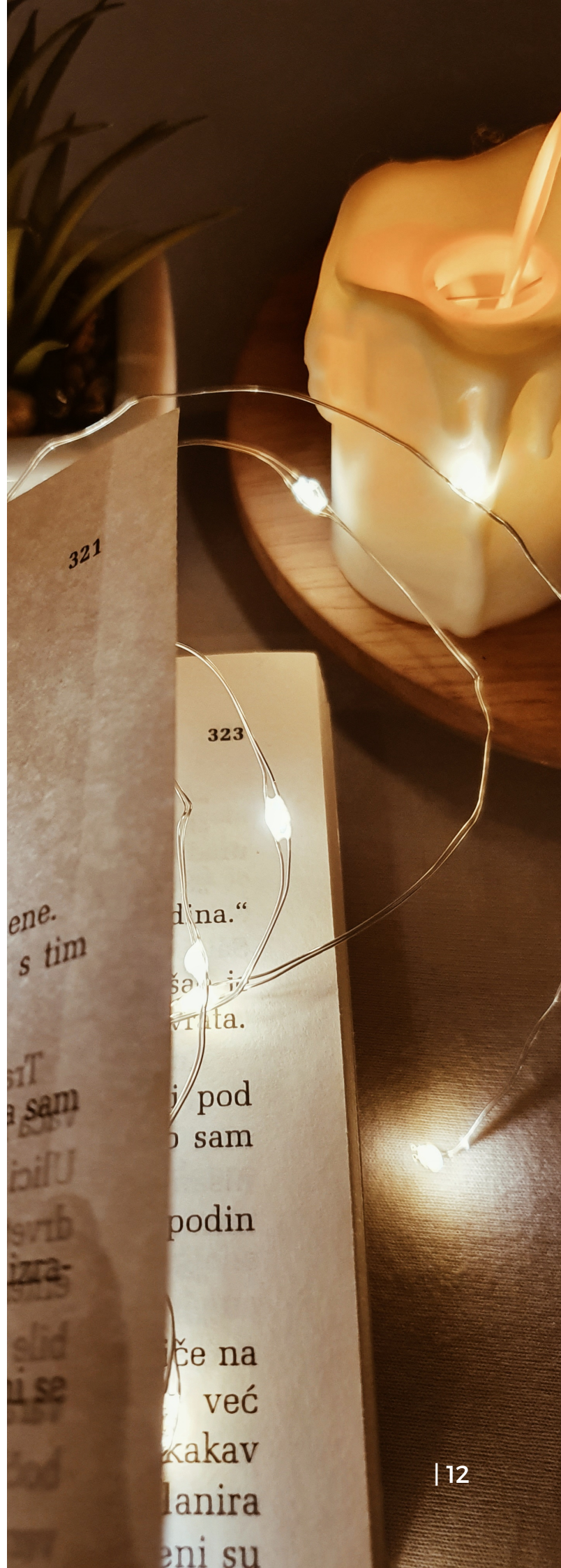
ADIVINA LA PELICULA

Ahora que la noche ya anida,
y nos abandonan los recuerdos,
aun sin saber lo que fuimos mi vida,
lo seremos.

Hablarás quizá de una casa, de un fuego,
quizá de la lluvia y de un embarcadero,
y sin saber lo que fuimos en ellos,
de nuevo lo seremos.

Sabré de tus palabras,
y sin saber ni de ti ni de ellas nada,
como secreto de diario,
sabré que para ti fueron creadas,
para el verso de tus labios.

Y como siempre juntos el ser
conjugaremos,
porque fuimos y somos,
y para siempre seremos.



-2-

ADIVINA LA PELICULA

Llovía y se nos mojaba la pobreza,
tú eras luz de fósforo impercedero,
tú, la niña de la lluvia,
tú, el tercer mosquetero.

Te perdí en dos estaciones de tren,
como quien toda su vida pierde en un
instante,
mas como después de todo viví,
viví todo para buscarte.

Y ahora que me preguntan mi vida,
y quieren que me la calle,
la calle que fue mi vida,
¡no podrá nunca callarme!
Porque yo vine sin nada,
y nada vale más que encontrarte.

Estaba escrito, era nuestra certeza,
que recordaríamos viendo llover
que se nos mojaba la pobreza



Por Aleq Garrigó
Guanajuato - MÉXICO



aleqsgarrigoz.wordpress.com
<https://www.facebook.com/aleqsgarrigoz.5/>

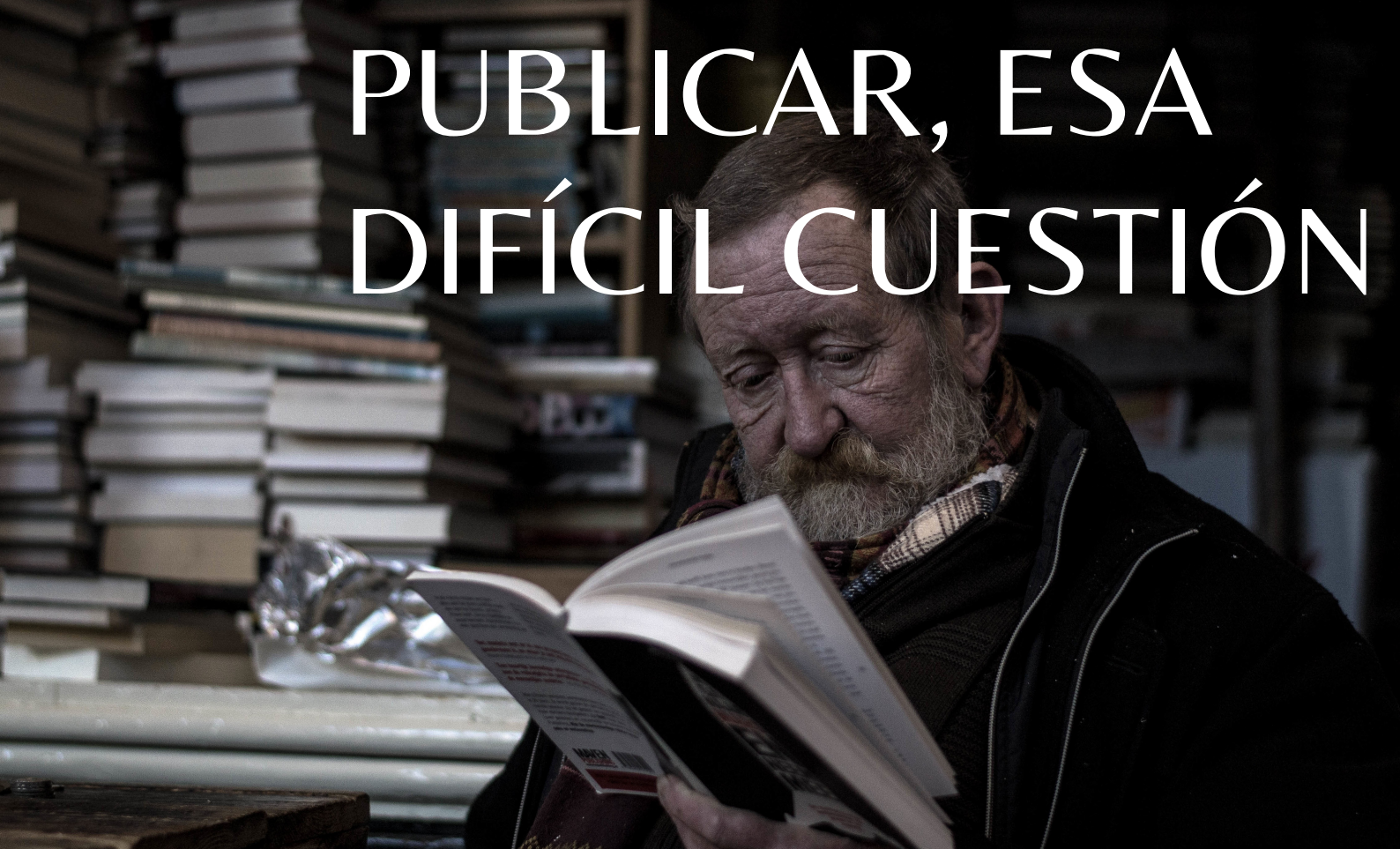


El rapero

Haciendo del pestífero silencio un festival,
el rapero es capaz de improvisar
de su vagancia en el peligro y de su derroche al gastar
el dinero siempre sucio,
sus excitantes preciados y su calmante amor,
las palabras netas, aflorando
en rítmicas cadenas ajustadas al balaustre de lo real,
cual metrallas afrontando el vacío.
Le basta un cuaderno para escribir la épica moderna
de sus tropiezos y ambiciones
con el sudor y sangre de su celo.
Una pista y un micrófono para hacer callar
al otro que mide con él su hombría encarnada en verbo.

El rapero es un truhan que baraja las sílabas de sueño
de su mundana forajida gloria
sobre el rostro tatuado de la ciudad.

PUBLICAR, ESA DIFÍCIL CUESTIÓN



Literatura de autoedición contra literatura tradicional

*Artículo publicado en el periódico digital
INFONORTEDIGITAL.COM, de Gran Canaria, el día 30 Julio de 2020*

*"La autoedición está muy desprestigiada por
periodistas y por otros autores que trabajan
para editoriales".*

Vengo a contarles mi experiencia y a aclarar varios conceptos que pueden ser de interés para la gente que empieza a publicar sus primeras letras, tal y como es mi caso. Todas las opciones pueden llegar a ser compatibles y en estos momentos estoy trabajando en las dos modalidades con mi novela “Las tres reinas” (www.las tres reinas.es). Y, siendo honesto, como siempre, diré que estoy cómodo autoeditándome en España y con la editorial tradicional en México.

Cuando estaba terminando su escritura, me planteé mil dudas que aquí intentaré aclarar. Si elegía la autoedición sabía que, parte de la prensa que me había apoyado en mis proyectos anteriores, no darían crédito literario a la novela. Si ustedes, las ventas las quieren basar en la promoción, notarán rechazo en los medios de comunicación. La autoedición está muy desprestigiada por periodistas y por otros autores que trabajan para editoriales. Si yo soy quién pago la edición, puedo publicar la basura más grande del mundo y con todas las faltas de ortografía que quiera. Yo pago, yo mando. Y, algo de cierto tiene, al decir que hay mucha mala literatura autofinanciada. Pero si lo hago así, la gran parte de los beneficios de la venta va a caer a mi bolsillo y haría que, el esfuerzo de pasar dos años escribiéndola, tuvieran un sentido y un justo pago.

Al final, no busqué editorial y elegí ese formato. No me arrepiento, ni de lejos. Empecé a trabajar la primera tirada con una editorial de autoedición. Ellos se encargaban de las gestiones legales, darme bastante material promocional y a un precio cerrado: 4 € por cada uno de los 300 libros que imprimí. Los vendí a 12 euros, con lo que gané 8 por cada uno.

Esto fue porque los compradores eran mis amigos y la gran cantidad de gente que me sigue en las redes sociales. El resultado es que, en 3 días, que fue lo que tardé sorprendentemente en vender la tirada, había pagado la edición y ya tenía pagada la segunda. Por motivos que no vienen al caso, para la segunda edición cambié de editorial. La nueva impresión fue en las mismas condiciones, pero ya la tenía pagada con los beneficios de la primera. Tardé un mes en venderla y todo el dinero, ya, eran ganancias. Ahora, acabo de firmar el contrato para una carta edición en poco más de un año. Y sí, le he sacado rendimiento. Es más, desde la tercera edición se vende en librerías, con lo que tengo que restar a mis ganancias el 25% se ellos se quedan. Pero, como decía, el dinero de “mis” lectores lo gané yo y ahora gano el de las librerías a cambio de su comisión.

Una meta que tenía planteada para el tercer año de la novela la cumplí en menos de 6 meses. Publicarla en México. Ahí no tengo lectores con lo que, la autoedición, no tenía pinta de llegar a buen puerto. Entonces cambié de estrategia y con mis contactos de productor y de mis anteriores viajes al país, conseguí que una editorial tradicional leyera el manuscrito y se decidiera a publicarla. Así fue. No se me va a olvidar nunca, en la vida, los instantes en que estuve firmando libros en la FIL de Guadalajara, la feria del libro más grande del mundo en habla hispana. Y ahí estaba yo, con mi primera novela, formando parte de algo tan enorme. Estaba lleno de emoción. Y, ahora sí, tenía una editorial detrás de mi proyecto.

Pero, ¿qué pasa con la elección de la editorial? La verdad es que, la mayoría de las experiencias acumuladas con las conversaciones con amigos que han publicado así en España, son confusas.

Pasas, en el mejor de los casos, un año escribiendo para que una editorial firme tu producto y te ofrezca 2 € por cada libro que venda. Firmarás un contrato de edición de unos 500 ejemplares, dependiendo de la editorial y, si se venden todos, habrás ganado 1.000 euros. No sé, pero para un año de trabajo, quizás no compense. Al final, hay que ser consciente que mucha de la gente que publicamos lo hacemos por satisfacción, no para pagar las facturas pendientes. También hay que decir que, en este formato, el autor no corre riesgos económicos porque es la editorial la que carga con las pérdidas si el libro no se vende. Y eso hay que pagarlo. Pero, ¿Qué pasa si el riesgo no es tan riesgo? ¿Por qué una empresa de servicio va a ganar más dinero que el propio autor si no está asumiendo ese riesgo? Y es que hay muchas editoriales que no imprimen los 500 libros a la vez, no. Imprimen la pequeña tirada que se prevé que se vaya a vender en la presentación y se quedan con su amplio porcentaje de la venta. Con lo cual, se benefician de un peligro inexistente. Así también pongo yo una editorial. El capital asegurado, con el pago el mínimo a los autores.

En el otro polo están las editoriales que miman a sus autores y a sus libros. Las que saben que por ese dinero van a conseguir que el libro del autor esté en varias librerías y ferias, y que los lectores podrán encontrarlo con facilidad. Si deciden elegir este formato de edición, infórmense de las personas que hayan publicado con las editoriales elegidas, y contrasten información para que luego no haya decepciones. Conozco demasiadas, y me da pena que haya libros que, hasta los propios autores, hayan acabado renegando de ellos.

Pero es que esa es otra. Si eliges la autoedición, la vida del libro se acaba cuando ya les has vendido a todos tus amigos.

Puedes, como hice yo con la tercera edición, recorrerte las librerías y dejar el libro en depósito para que lo vendan. Aquí empieza a recortarse el margen de ganancias de cada saldo. Ya, a la impresión, hay que sumarle la comisión de la venta. Lógico. Pero eso solo vale para las librerías cercanas a tu casa. Así que, si quieres seguir manteniendo el libro vivo, entra en juego firmar un contrato con una distribuidora. Otro más a comer del pastel. En definitiva, en esta cuarta edición, si decido dar el salto al exterior, pasaré de ganar 8 euros por cada libro a ganar 2. Eso es justo lo que hubiera ganado eligiendo, de primeras, una editorial tradicional en España y es lo que gano con la edición en México. La diferencia es que el dinero de “mis amigos” lo gané yo y, ahora, gano el dinero que son capaces de generar las librerías. Eso sí, con mi apoyo en la promoción, que eso no lo debes dejar nunca de lado.

Hay otra modalidad para trabajar autoeditado y abaratar costes para que la distribución exterior te dé un poco más de margen de ganancias. Es la autoimpresión. Trabajando sin editorial y contratando directamente con una imprenta independiente. De esta manera pagarás menos por cada libro, y ese abaratamiento del producto te dará un incremento del beneficio. Aunque serás tú el que tenga que hacer la gestión para obtener el ISBN y el Depósito Legal.

Cómo ven, todos formatos son válidos. Lo único que hay que saber es elegir el que mejor se adapte a las circunstancias del libro y del escritor. Si eres una persona que no te relacionas socialmente y no tienes amigos, puede que la autoedición te la tengas que “comer con papas”. Sean listos, investiguen y pregunten y elijan de forma adecuada. Yo les digo que soy feliz con las dos opciones porque estoy en las manos adecuadas en las dos.

CUÉNTAME UN CUENTO...

Tirar del carro

Por Paloma Celada
Madrid - ESPAÑA

<http://buscapina7.blogspot.com/>



—¡Qué mal rollo! ¡Ya llegó el sábado!

—Y a ti qué más te da que sea sábado que domingo que lunes, ¿tienes algún plan diferente al de todos los días?

—Hoy es la final de fútbol y tengo un mal pálpito, me da que van a ganar y vendrán aquí otra vez. ¡Qué ful!

—Está encapotao, con un poco de suerte llueve y no vienen.

—Como si a esos les importara la lluvia. Vendrán y montarán la gorda hasta las tantas, así no hay manera de descansar. La última vez me pisaron una oreja y aún me duele.

—No te quejes, a mí me dieron con una lata en todo el hocico y tuve la melena pringosa durante semanas por la espuma esa que echaron.

—¡Eh!, que la oreja estuvieron a punto de arrancármela, y luego pegarla duele mazo.

—Me vas a comparar un poco de cemento en la oreja a un golpe en todos los morros, ¡venga ya, Hipo!

—¡Que no me llames Hipo! Sabes que no me gusta ese diminutivo. Con lo bonito que es mi nombre: Hipómenes. De verdad, Atalanta, cómo te encanta tocarme los bigotes.

—¡Qué quejica eres! ¡Tooodo el día lamentándote! No sé en qué estaba pensando cuando me enrollé contigo, mira cómo hemos acabado por tu culpa.

—Pues no me decías lo mismo cuando te llevé a aquel lugar apartado del templo. Y lo que fardabas de ser mi chorba ¿qué? ¿eh? Pero ahora no, ahora yo soy el julai, el culpable de este marrón. Tú, como siempre, echando balones fuera y escurriendo el bulto.

—Y tú, como siempre, chinchando. No te soporto. Y déjate de balones que atraes el mal fario, aunque si esta noche vienen los del fútbol espero que te pisen las dos orejas y el rabo.

La plaza estaba muy concurrida, numerosos transeúntes circulaban por sus amplias aceras y el tráfico era intenso. Entre tanto bullicio era difícil escuchar la conversación que mantenían airadamente Hipómenes y Atalanta. Tan solo una mujer, sentada cerca de ellos, asistía a la discusión sin intervenir, pero con gesto adusto. Su porte era majestuoso, iba vestida completamente de blanco y en el serio rostro se adivinaba cierto hartazgo que parecía ser provocado por los dos pendencieros.

—¡Maldita cazadora! ¡Vete al Hades! Ojalá me hubiera fijao en tu jefa y no en ti. Qué puntería tenía la tía y qué pibón, toda una diosa la Artemisa, sí señor. Esa sí que levantaba suspiros por donde pasaba —dijo Hipómenes evocador.

—¡Ja! Me parto y me mondo. Que te crees tú que te habría hecho caso de haberlo intentao, no te habrías comío una rosca. Ni de coña, vamos. Mi señora siempre fue mu casta y mu virgen.

—No como tú —replicó Hipómenes con mucha sorna.

—Oye, no te consiento que me hables así, un día de estos... Como me dé el pronto es que no respondo, mira lo que te digo... No me toques las napias que te...

—¿Qué de qué? ¿qué me vas a hacer? ¿eh? Venga, ¡dímelo! Tú, mucho fú, fú, fú y poco mili quiqui. ¡Bocas, que eres mu bocas!

—¡¿Os queréis callar ya?! Yo sí que no os aguanto, a ninguno de los dos. Por todos los dioses del Olimpo, esto es insufrible. Estáis así todo el día y toda la noche. ¡Sois insoportables!

Quien así hablaba era la mujer que había estado asistiendo a la discusión. Sin perder ni un ápice de su majestuosidad dedicó una mirada airada y cargada de resentimiento a los dos personajes que estaban delante de ella. Nada más hablar, tanto Hipómenes como Atalanta enmudecieron en un acto de respeto, y también temor, hacia quien así les estaba reprendiendo.

Una vez que los dos litigantes se callaron, la dama de blanco se sumió en sus pensamientos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Más de dos siglos. No mucho si se comparaba con toda la eternidad, pero demasiado si se comparaba con una vida humana.

Nada más llegar a la ciudad se sintió como en casa y desde la privilegiada atalaya en la que la situaron había sido espectadora de desfiles, de bodas reales, de verbenas, de fiestas populares de todo tipo pues los habitantes de su patria de adopción eran amigos del jolgorio y la francachela.

También tuvo que presenciar enfrentamientos enconados entre diferentes bandos. La dama comprobó que los humanos eran igual de beligerantes y tan caprichosos como los parientes de ella, los dioses. Aún resonaba en su cabeza el zumbido de los obuses de aquella guerra fratricida; un sonido amortiguado por los sacos terreros que la

taparon durante toda la contienda, así ni ella ni sus compañeros de carruaje sufrieron daños, pero, por desgracia, no pasó lo mismo con muchos de sus conciudadanos que dejaron la vida en aquellos crueles bombardeos.

Desde su trono de piedra vio crecer a la urbe que la acogió como una habitante más y siempre se sintió querida. Más de dos siglos llevaba compartiendo con sus vecinos las alegrías y las penas. Con ellos compartía risas como en la fiesta del desfile del orgullo gay —toda una manifestación de tolerancia y convivencia—. También lloraba con ellos en los momentos duros, como en aquella marcha triste cuando, bajo un cielo que lloraba lágrimas de lluvia, más de dos millones de sus convecinos desfilaron noqueados por el ataque brutal y sanguinario en unas vías de tren.

Ella prefería recordar los buenos momentos, aunque no todos los disfrutaba por igual. Que se subieran a su carro ciertos aficionados al fútbol siempre que su equipo ganaba algún trofeo no le hacía mucha gracia. Al menos, desde hacía unos años solo se subían los jugadores, pero seguía siendo un incordio. Ahí les daba la razón a Hipómenes y a Atalanta, pero solo en eso. Y precisamente cuando su pensamiento se centró en sus dos compañeros, fueron ellos los que rompieron la concentración de la diosa al iniciar una nueva discusión.

—Que nooo. Que la culpa de ese choque la ha tenido el pelas. Se ha tirao en plancha a por un viajero y le ha endiñao un golpe al pizzero —dijo Hipómenes mientras se formaba un tapón de coches en la esquina de dos de las calles que daban a la plaza debido al accidente entre un taxi y un repartidor de comida rápida a resultas del cual el motorista había acabado tirado en el suelo.

—Si el de la moto no hubiera ido haciendo zigzag no se habría golpeao, pero como iba to loco s'ha dao el piñazo. ¡Natural! —replicó Atalanta.

—Claro, tú siempre defendiendo al sector público. Si el buga hubiera sido de Cabify seguro que le echarías la culpa al conductor —contraatacó Hipómenes con retintín.

—Qué duda cabe que el transporte público es la mejor garantía para asegurar un buen servicio —añadió Atalanta toda docta recordando las consignas que había oído hacía unas semanas en una de las avenidas aledañas a su emplazamiento.

—Cuando te pones a hablar en plan reivindicativo no hay quien te aguante.

—A ti no hay quien te aguante ni cuando no hablas.

—Por lo menos yo sé dejar de hablar, no como tú que no te callas ni debajo del agua.

—¿Y por qué debería callarme? ¡No te amuela! ¡Cállate tú!

Mientras Hipómenes y Atalanta seguían discutiendo, la diosa deseó poder mover los brazos para atizarles con el cetro de piedra que llevaba en la mano derecha, o con las llaves que tenía en la izquierda.

Aunque, bien mirado, solo ella era la responsable de lo que estaba pasando. Maldijo el día que decidió convertir a esos dos en leones, pero cuando vio que los impertinentes amantes estaban copulando en su templo se dejó llevar por la ira y, en un ataque de indignación, los condenó por toda la eternidad a tirar de su carruaje en forma felina. De haber sabido lo que le esperaba los hubiera convertido en gusanos, de esos que viven bajo tierra, fuera de su vista y mudos a ser posible.

Por culpa de esos dos imbéciles su estancia allí era cada vez más penosa. Hacía tiempo que pensaba en la jubilación, después de tantos años estaba cansada de tirar del carro. El trono en el que llevaba sentada desde hacía dos centurias empezaba a ser demasiado duro y los inviernos de la villa eran muy gélidos, por no hablar de los veranos donde hasta ella, de fría piedra, se ponía a sudar bajo un sol de (in)justicia. Quería volver al Olimpo. Es verdad que allí tendría que aguantar a sus congéneres que también eran bastante especiales.

Hera se ponía insoportable con sus aires de dueña y señora, no era capaz de reconocer que su estatus se lo debía a estar casada con Zeus, que si no... Afrodita era una vanidosa estúpida y engreída, todo el día saliendo en cueros de las fuentes y los estanques para presumir de tipazo. Apolo tenía demasiada mala leche y por cualquier tontería se enfadaba y lanzaba plagas y pestes por doquier. Claro que, para belicoso, Ares; ese sí que tenía un pronto muy violento y te montaba una guerra por un quitame allá esas pajas. En cambio, Eros le caía muy bien, recordaba de él su sonrisa picarona y su constante filteo, era un conquistador nato y muy simpático. A Artemisa le tenía algo de manía, por no vigilar bien a una de sus discípulas estaba ella como estaba, si su cofrade cazadora hubiera sabido controlar mejor a Atalanta, en lugar de dos leones impertinentes ella tendría dos elegantes caballos y no se estaría planteando jubilarse y retirarse de la vida activa.

Quizás regresar al Olimpo no fuera buena idea. Rememoró sus verdaderos orígenes, y viajó con la mente a una remota región de Anatolia. Allí, cuando aún no se veneraban a los dioses del Olimpo, ella nació de la tierra, de los fértiles campos de cultivo. Ella se encargaba de dar vida en forma de frutos y alimentos. Debería regresar a donde empezó todo.

Pero le daba pena dejar de convivir con los ciudadanos que diariamente pasaban por su lado. Echaría de menos sus conversaciones casi siempre alegres, y a gritos, o sus selfies con ella al fondo. O los colores con que la adornaban con ocasión de alguna fiesta; de todos ellos su preferido era el morado, le recordaba el color del cielo al caer el sol. Esos crepúsculos también los iba a echar en falta, en ningún otro lugar podría disfrutar de una gama de colores tan bonita, desde el rosa

pálido al violeta pasando por diferentes tonos de naranja. Unos atardeceres siempre acompañados por la melancólica melodía de la trompeta que sonaba con el arriado de la bandera en un cuartel cercano: el heraldo musical anunciando la llegada de la noche al son de retreta.

Cómo iba a añorar todo eso. Pero estaba decidida, tenía que irse.

A pesar del ruido ambiental o de la sempiterna discusión entre sus leones, y mientras cavilaba sobre su situación, escuchó con nitidez el rumor del manantial que discurría debajo de ella. El quedo susurro del acuífero subterráneo era un bálsamo, su cantarina voz le proporcionaba paz y le recordaba aquellas lejanas tierras de su Anatolia natal.

Mecida por el relajante sonido del agua empezó a notarse cada vez más ligera. Apenas sentía los brazos y las piernas, todo su cuerpo estaba perdiendo consistencia.

Los ruidos del tráfico sonaban cada vez más lejanos y el rumor del agua se había convertido en estruendo. Notó cómo se diluía en un líquido cristalino que la arrastraba hacia el interior de la Tierra en un torbellino de burbujas.

Fundida en agua y tierra viajó por el subsuelo, recorrió ríos subterráneos, acarició las raíces de los árboles, respiró la oscuridad y olió las rocas. Se disolvía, y no era nada y lo era todo. Se sintió libre.

El atasco que se formó fue monumental. El tapón de coches afectaba a la plaza y a todas las avenidas que desembocaban en ella, extendiéndose como una infección por las calles colindantes.

El tremendo embotellamiento había sido producido por diez accidentes simultáneos, algo inaudito. Después de bregar con unas calles colapsadas, un par de policías motoristas consiguió llegar al núcleo del atasco y allí vieron cómo todos los transeúntes y los conductores que se encontraban en la plaza miraban asombrados hacia la fuente que estaba situada en el centro de la misma. Muchos de ellos señalaban con el dedo hacia allí. Estupefactos, los policías comprobaron de dónde venía el aturdimiento y el origen de los choques múltiples: la diosa Cibeles había desaparecido. El famoso carro tirado por dos leones no llevaba a su pasajera.

—Se ha ido por tu culpa, pedazo mendrugo —dijo Atalanta compungida.

—No, se ha ido por ti, que eres una petarda —replicó con la voz entrecortada Hipómenes.

—Que no, que has sido tú con tus lloriqueos y tus quejas.

—¡Fuiste tú!

—¡No! ¡Es culpa tuya! —contestó Atalanta sollozando—. No te pienso hablar más en la vida.

—Pues mira qué bien. Ya ves tú, qué disgusto. ¡Fetén!

—¡Es que ni una palabra te voy a decir!

—Pues ya estás tardando.

—Hipo... ¡Que te den!

—¡Que no me llames Hipo!



NOTA HISTÓRICO-MITOLÓGICA

La diosa Cibeles era adorada ya en el Neolítico en la región turca de Anatolia. Simboliza la fertilidad y la Naturaleza, se la considera también la Diosa Madre. Los griegos, muchos años después, se encapricharon de ella y se la llevaron al Olimpo con el resto de sus dioses. A la capital de España llegó en forma de fuente a finales del siglo XVIII y de la mano de Carlos III, el rey considerado el mejor alcalde de Madrid (con perdón de don Enrique Tierno Galván).

Hipómenes era un guapo mozo griego que se ligó a una cazadora llamada Atalanta y seguidora del culto a Artemisa, que también era cazadora y además diosa. Atalanta tenía la casta intención de permanecer virgen por estar consagrada a la citada diosa, pero el guaperas de Hipómenes se la cameló mediante una apuesta en la que el griego hizo trampas (para más información consultar la Wikipedia). El caso es que se hicieron amantes y un día se lo montaron en el templo de Cibeles; cuando la diosa los pilló en plena faena, ésta se agarró un buen cabreo por tamaña blasfemia y los transformó en leones a la vez que los condenaba a tirar eternamente de su carro, con las consecuencias fatales que se han podido comprobar en este relato.



**¡En
BookyAM lo
haremos por
tí!**

**¿No sabes cómo
Publicar tu libro
en ebook y
papel en
AMAZON?**

**Ahora, con 10 %
de descuento ¡en
TODOS nuestros
PACKS!**

Pídenos un presupuesto
SIN NINGÚN
COMPROMISO

www.bookyam.com

***Contacta con BookyAM y te asesoraremos
en todo el proceso, desde el principio
hasta el final***

www.bookyam.com
bookyam.info@gmail.com

Tfn.: 620450541 / 667845984

Los gatos de Casbah



Por Santiago Pescador

Madrid - ESPAÑA

<https://www.todostuslibros.com/autor/santiago-pescador>

Todo sucedió durante la primavera del año dos mil. Fui a Cádiz a pasar unos días de descanso. En un periódico local vi el anuncio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Se trataba de una exposición dedicada a la vida y obra del artista granadino Mariano Bertuchi, el pintor del protectorado español de Marruecos.

Sobre todo se exhibían dibujos y acuarelas de carteles y sellos que evocaban paisajes típicos de Tetuán, Xáuen y Tánger. A la salida me compré unas cuantas postales que reproducían algunos carteles del Marruecos español. En una plazoleta escondida encontré un bar con sabor marinero. Busqué una mesa en un lugar discreto y le pedí al camarero una cerveza y una ración de boquerones fritos. Me disponía a comer el primer pescadito cuando un hermoso gato gris con rayas negras se acercó a mi mesa y se sentó frente a mí. Me miró con sus grandes ojos dorados. Ronroneaba.

— Hola, bonito — le dije — ¿Te gustan los boquerones? Te pareces mucho a mi gato.

No sé exactamente qué pasó. ¿Serían las postales de Marruecos? O sería tal vez aquel gato que me recordaba a mi Chico. Una fuerte emoción invadió mi pecho. Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras una avalancha de recuerdos se agolpaba en mi mente.

Tenía dos años cuando llegamos a Tánger como exiliados. Veníamos huyendo de Ceuta, de las limpias y persecuciones que siguieron al final de la guerra civil. Cosas que los niños no podíamos entender. Nuestros inicios fueron muy humildes, todo lo pobre y humildes que pueden llegar a ser unos exiliados. Pero en la Zona Internacional de Tánger encontramos un tesoro de valor incalculable, la libertad. Mis ojos de niño pobre tomaban nota de todo.

En el más lejano de mis recuerdos, veía un niño pequeño jugando en una azotea. Vivía con mis padres y mi hermano en nuestra primera casa, ubicada entre estrechas callejas, en un barrio judío llamado Plaza de los Exploradores.

— ¡Mamá, tengo hambre, quiero pan con mantequilla! — dije.

Mi madre preparó un trozo de tocino asado con una rebanada de pan y me dijo que saliese a jugar a la calle. No tenía buen aspecto, se la veía muy delgada, triste y preocupada. Corrían malos tiempos.

— Vale — Contesté. Sabía que la mantequilla era cosa de ricos y por lo tanto algo que no nos podíamos permitir.

Mi madre, tras prepararme la merienda, abstraída con los quehaceres de su nuevo hogar, se puso a planchar ropa con una vieja plancha de hierro, que había calentado previamente en su cocina de carbón.

A mi padre lo veía poco, trabajaba en una gasolinera en la carretera que va a Tetuán, por lo que tenía que levantarse muy temprano y regresaba a casa demasiado tarde, cuando yo estaba dormido.

Vivíamos en un viejo gueto habitado por judíos sefarditas y algunos españoles exiliados. La colonia tenía una plaza central y colindaba en uno de sus laterales con un antiquísimo cementerio cristiano. El hogar de mi familia era un triste lavadero de seis por cuatro metros, en una azotea cualquiera. En la pared donde estaba el pilón había también una estrecha y larga encimera de piedra donde mi madre tenía su cocina de carbón y los utensilios para cocinar. A falta de luz eléctrica, nos alumbrábamos con un par de quinqués de queroseno.

En ese ambiente crecí hasta cumplir los seis años. No era un niño malo, era inquieto, imaginativo y con cierta inclinación a meterme en problemas. Pero cuando mi madre conseguía echarme el guante me tiraba de una oreja y me daba un par de azotes en el trasero. La verdad es que lo que se dice doler, no me dolía, era más el gesto, el sentimiento de haber sido castigado. Cuando lloraba lo hacía con tal desolación que mi llanto atraía a mi gata, la Matea. Era blanca con manchas negras y rubias que, estuviese donde estuviese, siempre acudía presurosa para consolarme. Por algún motivo yo despertaba en ella su instinto materno.

Poco a poco, casi sin darnos cuenta, la situación económica de la familia fue mejorando. Primero dejamos la Plaza de los Exploradores y nos mudamos a una pequeña casa de dos pisos de la Casbah.

En la planta alta vivía un compañero de trabajo de mi padre y su esposa. Mi familia ocupaba la planta baja.

Esta nueva casa fue todo un cambio con relación al pequeño lavadero en el que habíamos vivido anteriormente.

Tenía un baño con lavamanos é inodoro tipo árabe, de esos en los que hay que ponerse en cuclillas. Todo un lujo, si pensamos que en el antiguo lavadero solo teníamos un cubo de zinc para esos menesteres. Eso sí, carecíamos de ducha y agua caliente, así que para bañarnos calentábamos una tina de agua y nos aseábamos en la cocina, al calor de la lumbre. En este aspecto nada había cambiado. Lo más importante era que por fin tenían luz eléctrica.

Yo quise traerme la Matea a mi nueva casa, pero ella no se adaptó al barrio y la tuvimos que llevar de vuelta a la Plaza de los Exploradores, metida dentro de un saco. Este medio de transporte no le gustó nada, y se pasó todo el rato maullando como una loca. Un corro de moritos me seguía, gritándome: “¡Tu comes gato!”.

Dos años más tarde, mi hermano Sebastián comenzó a trabajar. A partir de ese momento, la familia, que veía como mejoraban sus ingresos, volvió a mudarse de casa. Siempre en el barrio árabe. Por primera vez compartíamos una casita de dos plantas independientes, con una familia española.

El nuevo piso era sobradamente amplio para los cuatro. Tenía un cuarto de baño con un calentador de agua sanitaria para una impresionante bañera esmaltada en blanco. Una preciosa gata negra, con los ojos dorados, tuvo la deferencia de adoptarnos y se pasaba por casa todas las mañanas para que le diésemos de comer. Una vez satisfecha, se marchaba. Un día, tras una larga ausencia, apareció por casa acompañada por un cachorro que aún andaba con torpeza. Era gris con rayas negras y tenía los hocicos y la punta del rabo blancas como la nieve. A este lo adopté yo, pese a las protestas de mi madre. Le puse por nombre “Chico”.

Llegó a coronarse él mismo como rey de la casa. Chico era un gato inteligente, elegante y con carácter.

Sabía muy bien quién era el jefe de aquella casa, mi padre. A su amo le gustaba la filatelia y él subía a la mesa de trabajo con un salto impecable y se sentaba en una esquina. El gato observaba impasible cómo su amo manipulaba los sellos, los lavaba en un plato con agua para separarlos y quitarles la goma, luego los secaba y ordenaba. El gato permanecía inmóvil durante toda la operación, parecía una figura de porcelana. Mi madre era quien le daba de comer y su relación con ella solo era cariñosa, lo justo y necesario para ganarse su ración diaria de pescado y agua fresca. Luego se echaba a dormir en su rincón preferido. Conmigo era diferente, sabía que yo era un niño y por lo tanto el más juguetón de la casa. Me seguía y me observaba, siempre atento, porque sabía que en cualquier momento le podía hacer una trastada y él escapaba a toda carrera. Casi siempre solía dormir en casa, menos en primavera. Entonces las noches de la Casbah se llenaban de maullidos de gatas en celo y el Chico desaparecía durante varios días. Finalmente regresaba, como lo hacen los guerreros después de una cruenta batalla. Cansado, hambriento y con la nariz llena de arañazos. Yo lo admiraba, era un ser libre.

Todo era demasiado bonito para que durase. Marruecos obtuvo la independencia de España y Francia. El sultán volvió a su trono y Tánger perdió su privilegio de ser el puerto libre de una zona internacional. Mi hermano, emigró a Venezuela. Un año más tarde lo hizo el resto de la familia.

Mi familia volvía a romper las ataduras. Hacíamos las maletas y nos embarcábamos en busca de una nueva tierra de acogida, en pos de un futuro mejor. El destino nos volvía a poner a prueba.

Una fresca y luminosa mañana a principios del mes de noviembre de 1957, zarpamos a bordo de un ferri rumbo a la ciudad de Algeciras. Apoyado en la barandilla de cubierta vi cómo nos alejábamos de la costa. Atrás quedaba mi infancia, mis amigos del liceo francés, una soprano italiana y mi gato el Chico. Dos amigos de mi padre vinieron a despedirnos.

A medida que el ferri de la Transmediterránea se adentraba en el estrecho de Gibraltar, atrás iba quedando la exótica y misteriosa ciudad de Tánger. Así, mientras nos alejábamos del puerto, sentía el desgarró de la partida y un profundo vacío por la pérdida de lo que hasta ese momento había sido mí Mundo. El gato del bar maulló, quería otro boquerón.



Por Fernando Sorrentino
Martínez - ARGENTINA



<http://www.fernandosorrentino.com>

https://es.wikipedia.org/wiki/Fernando_Sorrentino

El chancho de Villa Crespo

En aquellos años no se estilaba cerrar las puertas de las casas. La de mi abuela paterna quedaba en la calle Fitz Roy, más cerca de la esquina de Gorriti que de la de Honduras. Yo entraba sin otro requisito que empujar la alta puerta de dos hojas.

Hacia 1950 quedaban poquísimos de aquellos locales denominados “Almacén y Despacho de Bebidas”. Por una puerta el *almacén* funcionaba como despensa; por la otra, el *despacho de bebidas* proveía mesas y sillas para que los parroquianos comieran, bebieran, jugaran a las cartas o a los dados.

En cierta esquina de la calle Fitz Roy se hallaba una de estas reliquias del viejo Buenos Aires. Pertenecía a don Vincenzo, patriarca de la familia italiana propietaria del local. En la despensa atendía la hija, muchacha de unos cinco lustros de edad de la que sólo recuerdo su rasgo más distintivo: el selvático bozo oscuro que le corría entre la nariz y el labio superior. (Por este motivo, el maligno ingenio barrial la había bautizado La Mostachola. Aporto estos detalles sin temor de herir a nadie: por el largo tiempo transcurrido, es seguro que don Vincenzo y toda su familia hace rato que se hallan jugando con san Pedro a la lotería de cartones.)

El despacho de bebidas tenía puerta y ventana a la calle Fitz Roy, y era un lugar ruidoso. Las charlas en voz alta, el chasquido de los naipes y el golpeteo de los dados emergían todo el tiempo a la calle.

Pero esa tarde las cosas ocurrieron de otra manera.

Al regresar desde la casa de mi abuela hacia la mía, un vozarrón estentóreo en medio de un insólito silencio sepulcral me hizo detener y mirar hacia el interior del local.

Acodados a las mesas, cabizbajos y en recoleta actitud de reflexión, los concurrentes estaban inmóviles y como dando a entender que no tenían ninguna relación con lo que estaba profiriendo, a los gritos y paseándose entre las mesas, el hombre del vozarrón.

Muy alto y muy gordo, y de pelo rubio con algunas canas, su cara redonda, mofletuda y rosada correspondía más bien a la de un dulce bebé, en divergencia total con la agresividad que cargaban sus imprecaciones.

De sus palabras inferí que algún parroquiano, desde la cobardía del anonimato, lo había insultado, tal vez poniendo voz de loro o de cacatúa. Yo lamentaba ignorar el tenor del agravio cuando, por fortuna, el hombre lo consignó con absoluta precisión: le habían dicho *chancho de Villa Crespo*:

—A ver... —gritaba—. ¡Que salga, si es que tiene pelotas, el que me llamó *chancho de Villa Crespo*! ¡Que salga y que me pelee como un hombre, y no como un cagón que se esconde entre otros cagones como él!

El hombre tenía razón: el calificativo era injusto. Es verdad que los cerdos son obesos, pero la límpida carita de pétalo de rosa lucida por él rechazaba todo símil con la fisonomía hirsuta del porcino.

Abundante en aquellos anatemas y otros muy parecidos, el coloso se paseaba en medio del cadavérico silencio y la respetuosa calma de los presentes, entre quienes se ocultaba el ahora pusilánime que lo había llamado *chancho de Villa Crespo*.

En vista de que corrían los minutos y de que nadie confesaba la comisión del delito, el desafiante apeló a un insulto general y abarcativo:

—Lo que pasa es que todos ustedes son ¡una manga de hijos de puta! ¡Son hijos de siete padres y de una reputísima madre que los recontra mil parió!

Yo nunca había oído la metáfora heptagenitora y me parece que jamás la oí más tarde.

Por fin, al verificar que tan terribles apóstrofes no lograban suscitar ninguna reacción entre los educadísimos contertulios, el blondo gigante salió a la calle. Aunque aquel conflicto me era ajeno, por si acaso y temiendo convertirme en daño colateral, me desplazé hasta el cordón de la vereda.

Todavía refunfuñando y furioso, el frustrado retador enfiló por Fitz Roy rumbo al sur. Deduje que, si el insulto anónimo se ajustaba a la verdad zoológica y geográfica, se dirigiría hacia su chiquero, pocilga, porqueriza o zahúrda villacrespense.

Cuando los clientes de don Vincenzo se cercioraron de que ya había pasado el peligro, hubo un general suspiro de alivio y regresaron las charlas, las carcajadas, el sonar de los dados y los lances del truco y del chinchón. Serían una docena; si cada uno tenía siete padres, un cálculo elemental nos demuestra que un conjunto de ochenta y cuatro progenitores acababa de derramar en el salón el bálsamo de que el *miedo no es sonso ni junta rabia*.

Por impaciencia o por desidia abandoné mi puesto de observación, de manera que nunca pude saber cuál de tales prudentes varones había calificado de *chancho de Villa Crespo* al beligerante titán.



Por Juan Antonio Herdi
Santurce (Vizcaya)- ESPAÑA

Publica reseñas en la web de la revista Nevando en la
Guinea.
<http://www.nevandoenlaguinea.org/>

Destino

La primera vez que tuvo la pesadilla, afirmó pensativo, fue apenas dos meses antes de que empezara su periplo. Me contó que en aquel momento ni de lejos imaginó que fuera a ser tan premonitoria. Cómo iba a serlo, se preguntó, procurando tal vez algo de orden en el inicio de aquella relación de hechos. Comprendí que al referirse a la pesadilla lo que también intentaba era calibrar mejor lo que le sucedió y lo que le había llevado a prisión, o quizá le sirviera para convencerse él mismo de la lógica de todo lo vivido, algo que en absoluto tenía claro cuando se avino a contarme su caso, que la tuviera, que hubiese una lógica previa con la que explicar lo sucedido.

Era imposible, continuó tras unos segundos de silencio un tanto forzado, nadie conoce su destino y por tanto es imposible determinar la importancia de algún hecho concreto anterior al desenlace. Luego sí, comentó reflexivo, como si también esto necesitara explicárselo antes a sí mismo, es muy fácil establecer los lazos cuando todo ha ocurrido, me dijo, y así se puede entender las intuiciones y encontrar sentido a los hechos aislados, como aquella pesadilla que pasó de no tener nada que ver a guardar sin el más mínimo género de dudas relación con lo que pasó, aunque puede que él quisiera encontrársela, quién sabe si por mera necesidad de darle algún sentido o coherencia a estas últimas semanas. No podía tener más razón y comprendí que se acordara de la pesadilla con todo su simbolismo y sus conjeturas ahora que todo estaba ya muy avanzado,

incluso habían concluido todas aquellas fases que le condujeron a la tragedia, salvo sus consecuencias para sí más nefastas que todavía perdurarían por un tiempo, por ejemplo su condena. Claro que ésta era una consecuencia que se iba solventar, Había una fecha de caducidad, pero en esta historia, ambos lo sabíamos, otras no tenían ya remedio, por lo que se iba a sentir, lo afirmó él mismo con pesar, responsable de por vida.

La clave se encuentra en la pesadilla, repitió, y todas las veces que la soñó las variaciones fueron minúsculas. Se veía siempre avanzando por callejuelas que constituían un inmenso laberinto y cuya salida era imposible, lo intuyó a medida que avanzaba, doblaba esquinas o volvía atrás, y a la ansiedad de no poder escapar se unía el repiqueteo de pasos, alguien le seguía, alguien a quien no podía ver. Se armó de valor en un momento dado y decidió pararse en una plaza tan pequeña que no era mucho mayor que el cruce de cuatro calles y esperar allí a que su perseguidor le alcanzara, a pesar del peligro que pudiese suponer confrontarse a él. De la callejuela por la que había venido distinguió la sombra de un hombre que se acercaba raudo, aunque sin correr, y que se detuvo un instante, sin duda le vio quieto en la plaza, antes de dar unos pocos pasos más para acercársele a paso lento. Sólo cuando lo tuvo frente a sí, a menos de dos metros, cara a cara, pudo contemplar su propio rostro y descubrir que aquel perseguidor era él mismo o su copia exacta o un reflejo de sus rasgos, no supo precisar, un yo desdoblado en todo caso que le aterró más que el arma en la mano con que le apuntaba y el disparo por medio del cual, en el sueño, se mató a sí mismo, aunque en el instante justo de la ejecución no pudo ver la cara del caído, vérsela a sí mismo, sólo contempló la del victimario, pero supo al despertar, todas las veces que se repitió el sueño, que el muerto también era él.

Lo soñó varias noches, tres o cuatro seguras, en otras ocasiones intuyó al despertar que había tenido la pesadilla, al menos sintió idéntica ansiedad y esa desazón por saberse perseguidor y perseguido, muerto y asesino.

Pero en aquel momento nada indicaba, ni se le pasó por la cabeza, que aquellas alucinaciones nocturnas pudieran referirse a futuras contrariedades ni inquietudes reales, la vida le sonreía, por decirlo de un modo un tanto baladí. Los negocios le brindaban no pocas satisfacciones y había alcanzado, sentía, en el matrimonio y en su vida social el equilibrio que sólo se podía traducir en una vida ordenada, digna del ideal burgués al uso. De este modo cumplía también con lo que se esperaba de él, con el destino que hubo emprendido de joven. Era un hombre de éxito y nada indicaba que su vida fuese a truncarse, sólo aquellos sueños lo anunciaban de alguna manera, un vago anuncio de la tragedia, sin que en aquel momento pudiera concebir futuros que turbaran aquel presente tan esplendoroso.

Pero en esta vida, afirmó y me miró a los ojos, como si quisiera afianzar sus palabras ante mí, que todo puede ser susceptible de un cambio drástico e inesperado, nada hay seguro y nunca se puede cantar victoria. Quien un día está en la cumbre al siguiente puede hundirse por completo, ya lo indica el Eclesiastés, hay días para reír y días para llorar, días de triunfo y días de derrota, la vanidad te nubla a menudo esta verdad, pero la vida insiste en mostrártela en toda su crudeza.

Por lo demás, resultaría no poco fastidioso relatar aquí toda la serie de hechos que le llevaron al desastre en tan corto periodo de tiempo, aunque no todavía a la tragedia final. Sería largo de contar y enumerar los detalles, demasiado técnicos la mayoría de ellos, ininteligible para quien no esté ducho en materia de contabilidad y gestión, sólo quepa tal vez hablar del resultado, la ruina de sus negocios, y de la primera

consecuencia personal, la decisión de su esposa de abandonarlo en ese instante, en el peor momento de toda su vida, una decisión que tenía tomada, le dijo, hacía mucho tiempo, pero que sólo adoptó entonces.

Es imposible no comprender que cayera en ese momento en la depresión, que la alegría se transformara en congoja, que la incertidumbre ocupara el lugar en que antaño hubo seguridad. Las olas y las mareas de la vida nos arrastran y vapulean, permítaseme la cursilería, uso la misma expresión que él utilizó cuando me habló de todo aquello, de un momento bajo, crítico, cuando la sensación de descalabro te impulsa inevitablemente a resaltar lo más siniestro, lo que nunca nos sucede en los buenos momentos. Es difícil que quien esté en lo alto se anticipe a la tragedia ni la contemple siquiera. Soy incapaz por otro lado de transcribir los estados de ánimo que intentó describirme, tampoco de explicarlos, hablar de depresiones ajenas escapan a mi capacidad descriptiva y sólo pude hacerme cargo mientras me lo contaba de toda la desolación cuando asistió al desmoronamiento de lo logrado hasta entonces.

Sea lo que fuere, resultó inevitable que la situación hiciera mella en su estado de ánimo. Todo parecía derrumbarse sin remedio a su alrededor, la empresa, sus contactos sociales, incluidos aquellos a los que él había considerado sus amigos y que de pronto se mostraron tan ajenos, el estado de sus finanzas y, por último, el momento elegido por su esposa para marchar de casa y solicitar el divorcio. Quiso primero atribuir a las circunstancias los motivos de lo que le pasaba, se esforzó por asumirlo de este modo, pero en su fuero interno no se lo pudo creer, era muy vago eso de acudir a causas generales ajenas a sí mismo, y pronto se culpabilizó, soy yo el que falla, y eso ahondó en el vacío, en la sensación de absoluta imperfección, he sido un irresponsable| 30

no podía mirarse al espejo, cómo pudiste ser tan necio, cómo es que no supiste afrontar la realidad. El éxito, sin duda, le había endiosado, le volvió orgulloso, pero esto lo vio después, en una cura de humildad tan necesaria como cruel que hasta entonces, mientras el castillo de naipes se derrumbaba, fue incapaz de apreciar.

A él mismo sorprendía que al final tomara la decisión sin grandes aspavientos ni tribulaciones desesperadas, la adoptó con absoluta normalidad, lo vio como la consecuencia lógica de todo aquel proceso, no necesitó siquiera de una meditación profunda ni larga. Lo que le estaba ocurriendo le indicaba bien a las claras que no tenía cabida en una existencia sin tregua que no le brindaba ningún sosiego. Se sintió sin fuerzas. Sabía por otro lado cómo podía adquirir un arma, había conocido los bajos fondos de su ciudad, habían sido los suyos en los años de juventud, incluso algo después, se había movido por ellos hasta el momento de convertirse en un empresario de éxito y poder salir de allí, un hombre hecho a sí mismo y que pudo dominar su destino, mantuvo no obstante algunos contactos, consideró siempre que debía ser fiel a sus orígenes aun cuando supo mantener distancias, por un tiempo creyó incluso que debía dar ejemplo de ascenso social y de mejora personal, y ahora recurría a viejos conocidos, habló con ellos sin dar muchas explicaciones, compró un arma, un revólver que guardó enseguida, no iba a tardar en usarla, aquella misma noche sin ir más lejos. Pero ya en casa consideró que ésta no podía ser testigo mudo de su acto final, allí había sido feliz al fin y al cabo, guardaba pese a todo buenos recuerdos y no quiso mancillar aquellas paredes, así que lo mejor era demorarlo, plenamente convencido en todo caso de la decisión.

Emprendió el viaje por la mañana, temprano. Sólo necesitaba los papeles del coche, algo de dinero, una chaqueta, la carta que había escrito para justificarse y por supuesto el revólver. No se iba a demorar mucho

tiempo, el suficiente para encontrar el lugar idóneo, un sitio tranquilo, discreto. Arrancó. No tuvo claro a dónde ir. Daba igual, que el destino decidiera, del mismo modo que determinaba tantas otras cosas, la vida humana sin ir más lejos. En su desazón, hubo una mínima placidez que sintió cuando ya estaba en marcha en la carretera y había dejado la ciudad atrás. No es fácil imaginar lo que pasó por su cabeza. Él es parco en palabras, no refirió nada de lo que pensó mientras avanzaba sin rumbo fijo. Me contó, eso sí, que detuvo el coche en varios lugares, en explanadas junto a la carretera, en campas que daban a un río, a la entrada de un pueblo solitario o junto a talleres y galpones de pequeñas ciudades cuyos nombres ya ni recordaba. Se paraba y pensaba por un instante que había llegado, al fin, al lugar oportuno, pero luego posponía la decisión y de nuevo retomaba la carretera.

Pasó la noche en el hostel de un pueblo. Durmió intensamente, eso sí, la conducción le había cansado no poco y no supo decir si aquella vez le acompañó la pesadilla, sólo recordaba que al despertar no hubo el más mínimo asomo de ansiedad ni de angustia, al contrario, por primera vez en aquellas semanas se sintió relajado, pensó por un instante si ésta era la palabra adecuada, relajado, le pareció que era como reconocer que todas sus cuitas se habían disipado de pronto, y no era tal el caso porque no dudó de su plan, seguía vigente, a la espera de hallar el lugar y el momento adecuados, convencido aún de un dolor que se le volvía insoportable. Pagó el hostel y llenó el depósito. Reemprendió la ruta.

En aquella etapa del viaje no se detuvo tantas veces, sólo pasado el mediodía, a comer. Había visto en los paneles el nombre de nuestra ciudad y se le ocurrió que podía ser un lugar perfecto para llevar a cabo su plan. Había estado aquí una vez, hacía ya mucho tiempo, y guardaba una buena impresión.

Por qué no ahí, se preguntó. Reconocería mucho después que una vaga idea de placidez se fue apoderando de sí mismo, no podía explicarlo, era incapaz de articular con palabras el cúmulo de sensaciones y sentimientos que le atravesaron el pensamiento mientras conducía, pero mientras avanzaba y se aproximaba a la ciudad, sobre todo cuando entró en ella y cruzó varias avenidas, reconoció que aparecieron las primeras fallas en su proyecto. Todo quedaba ya muy lejos, tuvo la impresión de que había pasado mucho tiempo y que el hombre que había salido apenas una jornada antes de una ciudad cualquiera era ya muy distinto al hombre que era cuando llegó a otra ciudad cualquiera.

Aparcó el coche junto a un parque. Se puso la chaqueta, sintió el metal frío del revólver en uno de los bolsillos, y por un instante dudó hacia dónde ir. Se dirigió hacia la derecha, al barrio antiguo de calles sinuosas que a esa hora, cuando comenzaba la noche, se ofrecía tranquilo y en penumbra. Se cruzó con hombres y mujeres que se encaminaban sin duda a casa tras un día de trabajo y se detenían en algunas tiendas a punto de cerrar para las últimas compras. Se cruzó con jóvenes en pequeños grupos que reían o hablaban, tal vez fueran al cine, a un café o sólo a perderse por la ciudad. Se cruzó con paseantes que salían con un perro o pensaban con gesto preocupado mientras caminaban. Él, por el contrario, no pensaba en nada, cabe incluso que lo evitara, ya había reflexionado en exceso y ahora tal vez de lo que se trataba era de sentir, de dejarse llevar por una vez.

Gastó su último billete en un falafel y un té. Sintió otro hombre cuando salió del local y de nuevo avanzaba por las calles estrechas de aquel barrio. En ese momento, me diría días después, no se acordó de la pesadilla ni de las callejuelas que tanto se parecían a aquella por las que anduvo esa noche, pero además todo lo vivido las semanas antes le resultó muy lejano en el

tiempo, como si nunca hubiese ocurrido o se lo hubieran contado referido a otra persona. Sólo entonces consideró lo absurdo de su plan. Había estado demorando una y otra vez la decisión porque en el fondo intuía que nunca la llevaría a cabo, que lo único que precisaba era salir, tomar distancia y quizá volver a empezar. Lo veía todo de otra forma. Le inundó de pronto una sensación de entusiasmo que nada tenía que ver con el sufrimiento de horas antes.

De repente era capaz de afrontar su destino y regresar y asumir su situación, superarla y vivir de otra forma. Sin embargo, se dio cuenta de que ya no tenía dinero, se acababa de gastar su último billete de la suma que había recogido, lo suficiente, consideró en aquel momento, antes de su último gesto. No tenía tarjetas bancarias, tampoco le servirían de mucho, dada su situación, y estaba en un lugar donde no conocía a nadie ni se sentía capaz ahora mismo de explicar a sus amigos, allá lejos, la razón por la que estaba en esta ciudad. Qué idiota, se acusó. Qué gran estupidez la suya. Todo su optimismo, de pronto, se desinflaba sin remedio.

Vio entonces la luz del local, una tienda de conveniencia. Fue un gesto mecánico, apretó el metal frío del revólver que mantenía en el bolsillo de la chaqueta y la idea cruzó por su mente como un rayo. La desechó de inmediato. Era absurdo y terrible. No tengo valor, se dijo, pero al mismo tiempo pensó que de otro modo no podía regresar a casa. Es algo circunstancial, se planteó al instante, se trataba sólo de tomar el dinero necesario, limitarse a una cuantía mínima, ni un duro más, la que le garantizara comprar gasolina y volver a casa, no hacía ninguna falta que se llevara todo el dinero de la caja. Sería por lo demás algo rápido y fácil. No haría daño a nadie, no usaría el arma, sólo serviría para amedrentar, nadie se dejaría matar por una cantidad tan ínfima de dinero. Se encaminó hacia la luz, a la tienda solitaria.

Aceleró el paso. Podía escuchar el ruido de su corazón, lo sentía bombear a toda prisa. Seguro además que en la caja habría un mero empleado, ni siquiera el dinero era suyo y por consiguiente no se iba a dejar matar. Bastaría con ser convincente, mostrarse un poco agresivo, no demasiado, lo bastante para que quien le contemplase se convenciera de que era un peligro resistirse, aunque no lo fuera. Ni de lejos, pero sólo él debía saberlo.

Apuntó al chaval nada más entrar, le bastó apenas unos segundos para darse cuenta de que estaba solo, aunque mucho después supo que había una mujer al fondo comprando y que se tiró al suelo de inmediato para que no la viera. El dinero, repitió dos veces. El chico pareció pensárselo, pero abrió la caja y sacó un fajo de billetes. Estiró el brazo izquierdo y agarró el dinero, pero el chaval no lo soltó e hizo un gesto brusco que buscaba a todas luces darle un golpe en la mano derecha y desarmarle.

Nunca pudo discernir si se le disparó el revólver en el momento del golpe o antes, al reaccionar ante el gesto del muchacho. Lo único que podía decir era que no tenía ninguna intención de dispararle. Espantado, salió corriendo de la tienda, el arma en una mano y el dinero en la otra. Corrió por la calle a la inversa de cómo había llegado. Maldijo la imprudencia del muchacho fruto de la juventud, los jóvenes, ya se sabe, son demasiado osados, me dijo consternado, hacen las cosas sin pensar ni medir las consecuencias. Tenía que haber pensado en su vida, no en el dinero, maldita sea. Vomitó cuando estuvo a diez metros del coche. Nunca había corrido tanto. Jamás había estado tan nervioso. El corazón le atronaba y le dolían las sienas. Acababa de matar. Había matado a un hombre. De pronto se dio de bruces con todo el horror.

No debía demorarse. Guardó el revólver y el dinero en la chaqueta. Después se lo pensó y tiró el arma por una alcantarilla. Se subió

al coche. Lo arrancó y marchó hacia la salida norte de la ciudad, aquella por la que había llegado unas pocas horas antes. A medida que iba avanzando creyó que se tranquilizaba. Pero no fue así, ahora a lo que se enfrentaba era de nuevo a un vacío tremendo, a la desazón y al desgarró más absoluto, lo mismo que había sentido mientras viajaba hacia la ciudad y que le dolía ahora más si cabe. Se había llevado por delante la vida del chaval, cuando había creído que iba a estar todo resuelto. Se detuvo en la primera gasolinera de la autovía. Fue entonces que recordó la pesadilla.

Regresó a la ciudad. Tintinearón dos preguntas en su cabeza, qué debía hacer, cómo debía actuar. No se lo formuló de un modo latente, pero a todas luces se había respondido a ambas. Avanzó por varias avenidas. Dio alguna que otra vuelta. Todo estaba tan tranquilo, pensó, tan ajeno a lo que había pasado, al paso del tiempo, a la vida y a la muerte. Todo era efímero, una vida sesgada de repente y a nadie parecía importarle, sólo a él, su asesino. Distinguió un coche patrulla detenido en un lado de una plaza. Cerca estaba el mar. Lo oía. Le relajó. Se paró detrás. Los dos agentes se acercaron a su vehículo. Apenas pudo oír lo que le decían, buenas noches, qué desea, en qué podemos ayudarle. No supo de dónde sacó la fuerza. He matado a un hombre. Perdón, le dijo uno de los agentes, atónito. Él se puso a llorar. Fue más un tic nervioso, una muestra de ansiedad. Tampoco podía sacarse de la cabeza aquella pesadilla atroz cuyo sentido comprendía ahora por completo.



UNA MESA PARA DOS...

**Liliana Aguilar responde "En
cuestión: un cuestionario" de
Rolando Revagliatti**



Por Rolando Revagliatti
Buenos Aires - ARGENTINA

<http://www.revagliatti.com>



Liliana Aguilar nació el 24 de septiembre de 1944 en la ciudad de San Juan, capital de la provincia homónima, la Argentina, radicándose en 1960 en la capital de la provincia de Mendoza. Desde 1966 reside en la ciudad capital de la provincia de Córdoba. Es médico-cirujana por la Universidad Nacional de Córdoba, y egresada de cursos de formación en Psiquiatría y Psicopatología. Dictó seminarios y presentó ponencias en diversas instituciones, y creó “La Casa de Liliana”, espacio destinado a Talleres para adultos y niños. Organizó muestras artísticas, condujo programas radiales, cuentos suyos fueron adaptados (y algunos, representados) para teatro infantil, etc. Fundó y dirigió las revistas “Entrega”, “El Taller”, “Boletín Mensual de la Sociedad Argentina de Escritores” y “La Polilla”. Colaboró, entre otras revistas y diarios, en “Texturas” de España, “Sr. Neón” de la ciudad de Buenos Aires, “Los Andes” de la ciudad de Mendoza. Obtuvo primeros premios y otras distinciones en su país y fue finalista en concursos efectuados en España. Integró los volúmenes colectivos “El libro de los naranjos” (y con el mismo título los numerados 2 y 3), “Cuentario”, “Los jardines secretos” y las antologías “Cuentos”, “Cuentos de amor para niños de 8 a 10 años”, “Cuentos regionales argentinos – Zona Cuyo”, “Antología literaria sanjuanina. Siglo XX”, “Quince líneas” (Editorial Tusquets, Barcelona, España, 1997), “Antología del empedrado II”, “Leer la Argentina”, etc. Publicó los libros de lecturas pedagógicas “Mi corazón canta de alegría”, “Diario de un niño de la época”, “Diario bajo el colchón”; los libros de cuentos “Juanete con hombre no caza violines”, “Las aventuras urbanas del Sr. Guestos”, “Hombrecito de la botella”, “Hipoc y otros cuentos”, “Partes de guerra”, “Selección de textos. Antología personal”, “Sin mí”; los de ensayo e investigación “Cada cosa en su sitio”, “Aprendizaje y comunicación. Teoría y práctica de taller literario”, “El cuento breve y de cómo el espacio se fugó de la hoja” y los poemarios “De San Juan y otros poemas”, “Cantos y poesías”, “El Olimpo de Ludo”, “Clases de lenguaje”, “Ella, la del alba”, “Tratado y fallido” y “Poesía crónica” (volumen conformado por los poemarios inéditos del lapso 1975-2005 cuyos títulos son “Poemas de brasa y ceniza”, “El ángel de los fuegos”, “O hablemos del tiempo”, “Pasaje a Candelas”, “Historisquetas” y “Los días”).

“Liliana Aguilar rendida ante Macedonio Fernández y el uruguayo Mario Levrero”

¿Cuál fue tu primer acto de “creación”, a qué edad, de qué se trataba?

Podrá parecer fanfarronería, pero bien puede ser un magro intento de comprender lo incomprensible, porque nacer en medio de una ciudad destruida por un terremoto —ocurrió el 15 de enero de 1944 y destruyó el 80% de la ciudad de San Juan— ya es un acto de creación, aunque yo no tuviera mucha conciencia entonces. De ahí en más y hasta el presente, todo para mí serían actos de creación: la muñeca de trapo, los muñecos de lana, sus vestidos, comiditas, bailes, viajes, paisajes, monstruos, sillas, piedras, palabras, todo. Todo cuanto me rodeaba sería y es hasta el presente, el germen de una historia que me permite construir sobre los “escombros” que devienen del crecimiento personal.

¿Cómo te llevás con la lluvia y cómo con las tormentas? ¿Cómo con la sangre, con la velocidad, con las contrariedades?

Con la lluvia, poco. Con las tormentas, de terror. Con la sangre, depende el origen. Con la velocidad así así. Con las contrariedades... sigo intentando.

“En este rincón” el romántico concepto de la “inspiración”; y “en este otro rincón”, por ejemplo, William Faulkner y su “He oído hablar de ella, pero nunca la he visto.” ¿Tus consideraciones?

Lo que está en el afuera, es lo que alguna vez se tuvo dentro, lo hayas visto o no. Pero también deben mediar las circunstancias de espacio, tiempo y modo, además de los recursos técnicos para que “esto” que tengo adentro pueda mostrarse en el afuera ya sea como poema, obra arquitectónica o gol de media cancha. ¿Me preguntás si creo en el trabajo laborioso de la escritura?

Sí, absolutamente. Pero aclaro que el mismo no garantiza la creación y cada quién llega hasta donde tiene que llegar, ni un metro de más o de menos.

¿De qué artistas te atraen más sus avatares que la obra?

Valoro la obra en sí misma y los factores vitales, es decir, dónde y cuándo fueron escritas. Reconozco que hay vidas de algunos artistas y autores que son geniales, pero me quedo con sus obras.

¿Lemas, chascarrillos, refranes, proverbios que más veces te hayas escuchado divulgar?

Los aprendíamos en la escuela primaria; lo aplicábamos en la secundaria; los olvidábamos en la juventud y con el primer hijo o hija, volvían a nuestra memoria de un modo sorprendente. Después de los sesenta nos damos cuenta de que todo nuestro sistema ético y de creencias se soportan en aquellos primeros postulados.

“No hagas a tu prójimo lo que no quieres que te hagan a ti”, por ejemplo: ¿te imaginás un mundo en donde cada uno de nosotros siguiera este lema a rajatabla? Y sigo. “No hay mal que por bien no venga”; “Más vale malo conocido que bueno por conocer”; “La peor batalla es aquella que no se pelea”; “Haz el bien y no mires a quien” ... y muchísimos más. Lo curioso es ver cómo se contradicen unos con otros, aunque todos aciertan en el momento justo.

¿Qué obras artísticas te han —cabal, inequívocamente— estremecido? ¿Y ante cuáles has quedado, seguís quedando, en estado de perplejidad?

Hasta los diez, doce años, devoraba las historietas de Superman (el original) y Superpiba, admiración que más tarde derivó en una especie de fanatismo por los relatos y novelas de ciencia ficción y literatura fantástica. Rendida ante los mitos de H. P. Lovecraft; de Ray Bradbury, en especial “Crónicas marcianas”; Philip K. Dick, Fredric Brown, Ursula K. Le Guin y más cerca nuestro, Macedonio Fernández; el uruguayo Mario Levrero; Jorge Luis Borges, Angélica Gorodischer; la revista española “Nueva Dimensión” y más acá “Péndulo”, “Parsec” ... Como no faltaba más, apareció Gabriel García Márquez con su realismo mágico. Como verás, he vivido de la fantaciencia y las ficciones desde siempre. He escrito cuentos realistas pero mi corazón va por el lado de la realidad filtrada por la fantasía.

En artes plásticas soy una especie de turista que dice me gusta o no me gusta y pasa a la obra siguiente.

En arquitectura, El Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, de Antoni Gaudí. Seguramente hay muchísimas ante las cuales quedaría extasiada pero no las conozco. He viajado más en libros que en tren o en avión.

En música adhiero con fervor a la sexta y novena sinfonía de Beethoven y toda la obra musical de Juan Sebastian Bach. Pero disfruto de cualquier ritmo al alcance de mi oído. La música es maravillosa.

¿Tendrás por allí alguna situación irrisoria de la que hayas sido más o menos protagonista y que nos quieras contar?

LA: Supongo que te referís a situaciones irrisorias para el espectador, no para el protagonista, en este caso, yo. Si es lo primero ¡bingo! Soy una papelonera mundial. Lo más leve es confundir una persona con otra o cambiar un nombre por otro.

¿Qué te promueve la noción de “posteridad”?

No la pienso. Pero si alguien me lo preguntara podría repetirle las palabras tomadas —y compartidas— de un autor de ciencia ficción “dentro de 400.000 años...”

“¿La rutina te aplasta?” ¿Qué rutinas te aplastan?

Toda actividad rutinaria termina secándome las ideas, los sentimientos y como corolario, las acciones. Por mencionar uno, bastante común e inevitable: los quehaceres domésticos. Siempre el mismo piso; la misma ropa a lavar; la misma compra y los mismos horarios.

He hecho muchísimo para compensarlo. Desde una Feria de Artes y Artesanías en la calle donde vivíamos; comentarista radial; directora de revista literaria; talleres de creación para niños en un local de la avenida Fuerza Aérea que llamé “Casa de Liliana”; talleres ad honorem en escuelas primarias y secundarias de mi barrio y sus alrededores; charlas pedagógicas; stand propio en la I y II Feria del Libro de Córdoba; cursos de actualización en psicoanálisis y otros de teatro, cine, y en el presente, talleres de creación literaria.

*“Toda actividad
rutinaria termina
secándome las
ideas...”*

¿Para vos, “Un estilo perfecto es una limitación perfecta”, como sostuvo el escritor y periodista español Corpus Barga? Y siguió: “...un estilo es una manera y un amaneramiento”.

Se dice que nada ni nadie es perfecto. Entonces, siguiendo esa lógica, si alguien escribiera el texto “perfecto”, esa cualidad podría ser un defecto. De hecho, hoy leemos centenares de textos perfectos, a mi juicio, plagados de perfección.

¿Qué sucesos te producen mayor indignación? ¿Cuáles te despiertan algún grado de violencia? ¿Y cuáles te hartan instantáneamente?

El ruido ambiente descontrolado, los altavoces; los gritos desaforados de los conductores de televisión y el nivel infernal de la música en fiestas y boliches. No sólo me indignan. Como soy hiperacúsica, me lastiman los oídos además de invadir mi privacidad sin posibilidad alguna de neutralizarlo.

Me súper-indigna la explotación infantil en cualquiera de sus formas y niveles.

En cuanto a tu tercera pregunta, hasta acá, he tenido un alto umbral de paciencia para soportar cuestiones básicamente insoportables: el menoscabo que se hace de la tarea doméstica y de otros oficios en general, como si hubiéramos nacido sólo para estar sentados del otro lado de un escritorio.

¿Qué postal (o postales) de tu niñez o de tu adolescencia compartirías con nosotros?

LA: Un viaje con mis abuelos a San Rafael, Mendoza, en su flamante Ford ‘A’.

Atendiendo a mis cuatro años de auténtica y forzada soledad —mi casa era la única casa re-construida en varias manzanas a la redonda —, mis padres consintieron en dejarme viajar con ellos.

Después de varias horas llegamos a un parque con canteros llenos de margaritas en flor y niños. Decenas de niños. Los mayores se sentaron a tomar café negro en la cocina mientras cuchicheaban cuestiones de adultos, supongo, mientras yo miraba por la ventana a los chicos jugando a esconderse y encontrarse. Supuse que mi ausencia pasaría inadvertida y me escurrí por la puerta de salida con la intención de unirme al grupo. No tengo palabras para decir mi alegría entonces. Sentí que por fin mi pequeño mundo tenía sentido. ¿Diez? ¿Treinta minutos? A mí me pareció sólo un instante. El abuelo llamaba para el regreso.

Ese lugar fue uno de los tantos hogares-escuela levantados por la Fundación Eva Perón de aquella época. El ordenanza de la institución, era un español del mismo pueblo de mi abuelo, aunque no sé si ya eran amigos o la visita funcionaba de correo para enviar noticias suyas a otros familiares.

¿En los universos de qué artistas te agradaría perderte (o encontrarte)? O bien, ¿a qué artistas hubieras elegido o elegirías para que te incluyeran en cuáles de sus obras como personaje o de algún otro modo?

Te lo digo por orden de lecturas: Macedonio Fernández, Ray Bradbury y Gabriel García Márquez. Como no era fácil que me hubieran conocido siquiera, los pedí prestado para mis propios textos. A Macedonio en “Las aventuras urbanas del Sr. Guestos” de 1978 y a García Márquez y Bradbury en varios fragmentos de poemas de “Poesía Crónica” de 2008.

El silencio, la gravitación de los gestos, la oscuridad, las sorpresas, la desolación, el fervor, la intemperancia: ¿cómo te resultan? ¿Cómo recompondrías lo antes mencionado con algún criterio, orientación o sentido?

Me gusta el silencio y lo considero imprescindible para estar conmigo. Cuando siento que llega ese momento, me tomo dos o tres días en algún lugar alejado para conseguirlo.

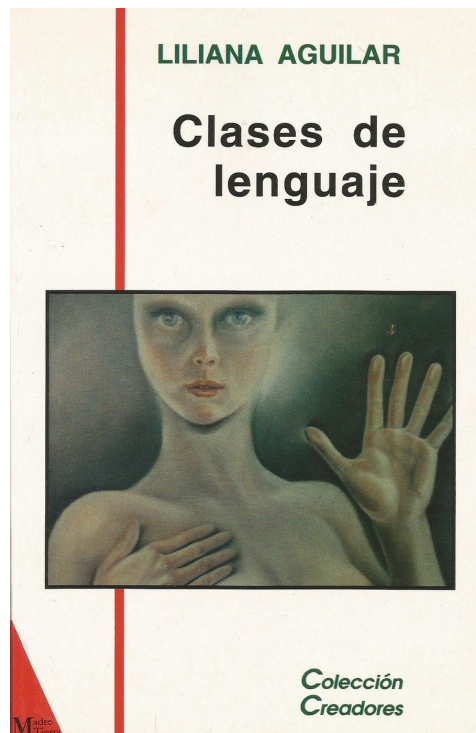
La oscuridad me remite a la infancia, a esas noches en las que, junto a mi abuelo, escuchábamos el rumor del agua corriendo por las acequias. A veces era sólo mirar el cielo y nombrar estrellas. La paz.

Adoro las sorpresas, una lástima que hoy por hoy sean escasas y las más de las veces, de contenido lamentable.

Me invade la desolación cuando observo el énfasis de algunos adultos en desanimar a las jóvenes generaciones. Por tiempos se dijo que hay que vivir el hoy; que el pasado pasó y el futuro todavía no llega (ahora mismo, incluso, se les repite cada diez minutos en una propaganda televisiva). ¿Podés pensar en una perspectiva más desesperanzadora que esa? Para un joven es demoledor. No tiene dónde pararse ni hacia dónde proyectar su actividad, sus estudios, su vida. Fijate. ¡En un país en donde está todo por hacerse!

En cuanto al fervor, fue mi aliado siempre. Con fervor abracé la medicina, luego la psiquiatría y el psicoanálisis mientras, al mismo tiempo, con enorme pasión me dedicaba a escribir, al barrio, a mis vecinos, a mi familia, a mi hogar. Por momentos sentí que los días tenían 25 horas y, aun así, siempre me faltaba (y me falta) algo de tiempo para finalizar lo empezado.

¿A qué artistas en cuya obra prime el sarcasmo, la mordacidad, el ingenio, la acrimonia, la sorna, la causticidad... destacarías?



Hay muchos y quizás desconozca a la mayoría, pero recuerdo, de los clásicos, los poemas que cruzaban Francisco de Quevedo y Luis de Góngora, Jonathan Swift y más acá, Ambrose Bierce. De los nuestros, Oliverio Girondo y Dalmiro Sáenz. Pero insisto en los muchos —y seguramente buenos—escritores pasados y presentes que desconozco.

¿Qué apreciaciones no apreciás? ¿Qué imprecisiones preferís?...

Los criterios cerrados a cualquier otra mirada. Los acepto como parte de la convivencia en sociedad, pero no los comparto.

Me gusta la diversidad; la libertad de ser, hacer, sentir y pensar. Adoro las estaciones climáticas porque me permiten cambiar de sentimientos, de ropa, de vivencias: sufro el invierno; renazco en primavera, me sumo en la tristeza del otoño y celebro el verano con la perfección de su madurez.

En cuanto al arte, prefiero la improvisación creativa a la perfección estudiada. Digo “improvisación” sin olvidar que, para escapar de las reglas, hay que conocerlas previamente.

¿Viste que uno en ciertos casos quiere a personas que no valora o valora poco, y que en otros casos valora a personas que no quiere? ¿Esto te perturba, te entristece? ¿Cómo “lo resolvés”?

Valoro a todas las personas en tanto mis iguales y a cada quién con sus propios talentos. Detestaba a mi profesora de didáctica de la secundaria, pero valoraba (y aún hoy sigo pensando que fue mi mejor ejemplo de vida) sus conocimientos, su entrega, su dinámica en la clase, su asistencia perfecta, su justipreciación de lo que el alumno podía devolver... y podría seguir una larga lista.

En cuanto a querer a quien no se valora... creo que nunca estuve en esa situación porque una persona puede no tener idea de quién fue Arthur Rimbaud o desentrañar fórmulas de alta ingeniería, pero sí cocinar un guiso a la española para el Nobel o fabricar bellísimas figuras con un pedazo de papel y ser absolutamente queribles por eso.

¿Si me perturba? Para nada. Tales situaciones me dicen que la vida es un prodigio de variables y yo participo de ellas.



¿El mundo fue, es y será una porquería, como aproximadamente así lo afirmara Enrique Santos Discépolo en su tango “Cambalache”?

Me encanta la letra de ese tango. De mi parte, creo que hay mucho malo en todas partes, pero también aquello que nos redime.

Por la fidelidad y entrega a una causa o proyecto, ¿qué personas (de todos los tiempos y de todos los ámbitos) te asombran?

Podría mencionarte a Buda, Jesucristo; Nelson Mandela, Mahatma Gandhi; Madame Curie, George Sand; John F. Kennedy; Arturo Humberto Illia, nuestro expresidente, y otros muchos que tienen mi admiración. Pero si hay algo que de verdad me emociona es la condición maternal. No digo la capacidad de dar a luz de la mujer, no. Digo esa cualidad de entrega y cuidado hacia el ser más pequeño o más desvalido.

¿Qué te hace “reír a mandíbula batiente”?

Las películas de Charles Chaplin y las preguntas y dichos de los niños pequeños. José María Firpo en su “Qué porquería es el glóbulo”, libro genial, recopila pensamientos y ocurrencias de sus alumnos de primaria y algunos de ellos, aún hoy, me hacen reír a carcajadas.

¿Cómo afrontás lo que sea que te produzca suponerte o advertirte, en algunos aspectos o metas, lejos de lo que para vos constituya un ideal?

Me resulta difícil contestar en la medida en que nunca pensé que hubiera un “ideal” al que llegar o no. Entiendo que cada quién hace lo que mejor puede según sus enteras posibilidades.

El amor, la contemplación, el dinero, la religión, la política... ¿Cómo te has ido relacionando con esos tópicos?

Soy libriana y según lo proclama ese signo astrológico, me gustan las artes, abogo por la belleza, la estética, el orden dentro del desorden de la creatividad. La poesía, el teatro, la danza. Por, sobre todo, la balanza de la justicia.

Así también podría contestar sobre el amor. Sería maravilloso manifestarme como esas personas súper demostrativas que abrazan y besan y en todo momento exhiben su amor por esto, lo otro y lo de más allá: a mí me cuesta un montón, aunque por dentro me derrita como manteca cuando estoy en estado amoroso.

La contemplación es mi fuerte, hasta que debo neutralizarla con actividad muchas veces exagerada.

El dinero es necesario, pero hasta ahí. Lo justo, digamos.

Soy católica, bautizada. En algún momento descreí de la religión hasta que, como pasa con muchas personas, atravesé una dura enfermedad y empecé a rezar de vuelta. Pero ya no en la iglesia. Cuando quise retomar la fe en compañía, se había adoptado la modalidad cantada de la ceremonia religiosa. Bueno, terrible para mi propósito de estar con Dios. Me descuidaba un instante y mi imaginación partía por los confines musicales con sus variantes de ritmos y letras.

Prefiero estar con Él en mis momentos de mayor introspección.

Y en materia de política. Ay. Ni lo uno ni lo otro. O lo de acá y lo de allá. La famosa balanza. Pero también algunas escenas de la niñez.

Mi padre y su único hermano habían heredado una finca con parras y cuando había buena cosecha, se hacía reserva para otros momentos en donde —ya fuera por la pedrea, el viento Zonda, la falta de riego o el exceso de producción— daba más pérdida que ganancia. El problema ocurría cuando mi tío, peronista de la primera hora, le pedía a mi padre —de filiación radical— el dinero de esa reserva para la campaña electoral.

Demás está decir que mi tío fue finalmente vicegobernador de San Juan en tanto mi padre terminó siendo relevado de su cargo como director del Hospital Rawson por no liderar en la misma causa.

Viví demasiadas discusiones de tono elevado entre ellos. No, la política no me va.

“...abogo por la belleza, la estética, el orden dentro del desorden de la creatividad.”

¿A qué obras artísticas —espectáculos coreográficos, films, esculturas, música, pinturas, literatura, propuestas teatrales o arquitectónicas, etc.— calificarías de “insufribles”?

Puede parecer extraterrestre pero no tengo una gran cultura artística como para dar opinión valedera al respecto. Pero me gustan aquellas obras teatrales que suceden arriba del escenario —quizás haya personas que toleran bien el teatro interactivo, pero en mi caso no sucede. En música, no soporto los sonidos agudos, ya te comenté mi problema auditivo, pero más allá de cualquier dificultad física, cuando escucho al o la cantante irse de tonos, me saca.

Hasta los dieciséis años me nutrí de las películas del Hollywood Dorado. Era lo que llegaba a San Juan.

A los diecisiete me radiqué en Mendoza para estudiar Medicina en la Universidad Nacional de Cuyo y allí, por primera vez en mi vida, vi televisión y por supuesto, otro tipo de material fílmico. También colaboró el hecho de asistir regularmente a proyecciones del cine-club universitario.

Mi formación en materia de cine es, creo, rara.

Según pasaron años y sucesos, mis elecciones han sido variopintas y depende del estado de ánimo más que de las cualidades intrínsecas del film.

Definitivamente no soporto nada tendiente a nivelar hacia abajo al ser humano.

¿Qué calle, qué recorrido de calles, qué pequeña zona transitada en tu infancia o en tu adolescencia recordás con mayor nostalgia o cariño, y por qué?

La Avenida Central en ciudad de San Juan, en el sector que va desde la plaza 25 de Mayo hacia Tribunales. Me daba una gran sensación de libertad dentro de los límites urbanos.

En mi juventud, la calle Felipe Boero de barrio Los Naranjos, en la ciudad de Córdoba. A raíz de mi iniciativa para realizar una feria de artes y artesanías callejera, los vecinos entablamos una relación de amistad increíble. Veinte familias al unísono compartiendo cumpleaños, fiestas de fin de año, salidas de fin semana y vacaciones anuales. Sentíamos esa calle como el patio delantero de nuestra propia casa. Eran otras épocas, claro.

Después de aquella primera gran feria en la calle, años más tarde se sucedieron dos más pequeñas, a pedido expreso de los jóvenes que de niños habían podido disfrutar de las pintadas sobre el asfalto, orquesta sinfónica, teatro en la calle, artesanos en los jardines de nuestras casas.

Durante mucho tiempo a la calle Felipe Boero se la conoció como "la calle pintada".

¿Cómo reordenarías esta serie?: “La visión, el bosque, la ceremonia, las miniaturas, la ciudad, la danza, el sacrificio, el sufrimiento, la lengua, el pensamiento, la autenticidad, la muerte, el azar, el desajuste”. Digamos que un reordenamiento, o dos. Y hasta podrías intentar, por ejemplo, una microficción.

En principio, el orden más común, creo:

Lado A: las valoraciones negativas o dolorosas: sacrificio, sufrimiento, muerte, desajuste.

Lado B: las valoraciones positivas: autenticidad, pensamiento, lengua, danza, ciudad, visión.

Lado C: las neutras: azar, miniaturas, ceremonia, bosque.

El micro: "Azar"

"Todo lo que sale por la punta de mi lengua son pensamientos en miniatura. Sería la razón por la que aparento un desajuste de la visión del mundo circundante: donde existen rascacielos de ciudad, veo montañas agujereadas como si fueran cuevas. Donde bosques, el sufrimiento del árbol que declina, anticipándose a la muerte.

No se crea que estos pensamientos en chiquito precisan de una ceremonia de alto sacrificio o loca autenticidad para manifestarse. No.

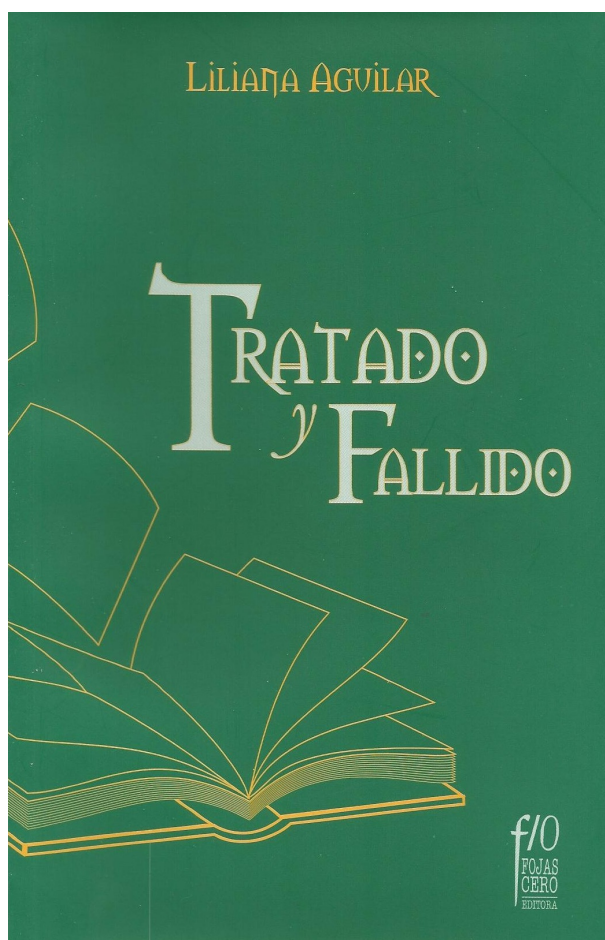
Cada vez que el azar pasa por la puerta de mi casa, lo tomo por sus alas y con él, vuelo."

"Donde mueren las palabras" es el título de un film de 1946, dirigido por Hugo Fregonese y protagonizado por Enrique Muiño. ¿Dónde mueren las palabras?

En el lenguaje corporal, que es el lenguaje concreto por excelencia. Si no se puede verbalizar —o abstraer— determinados sentimientos, se actúan. Es lo que nos sucede actualmente como sociedad. Te doy un ejemplo: en alguna época, cuando nos referíamos a “cortar el rostro” a otra persona, sabíamos que se trataba de anular todo trato con ella. Ignoro en qué momento esas palabras tomadas como la abstracción de una conducta se transformó en la conducta en sí y asistimos sorprendidos y alarmados a una seguidilla de jóvenes que por celos o lo que fuera, marcaban con navaja el rostro de algún compañero o compañera.

Considero que el auge de ciertos postulados de lingüística ha influido en la pauperización del lenguaje actual, donde el objeto es lo que es, sin más significación que eso.

No sé si se comprende la raíz del problema. O quizás sí, pero es difícil revertirlo.



¿Podés disfrutar de obras de artistas con los que te adviertas en las antípodas ideológicas? ¿Pudiste en alguna época y ya no?

Llegué a Córdoba en 1966 y viví en pensión con otras siete jóvenes de distintas provincias, costumbres, ideas, comportamientos y eso me pareció increíblemente maravilloso. Luego fue en la Sociedad Argentina de Escritores, filial Córdoba —mi primera época de SADE—, donde compartí ilusiones con personas de distintos órdenes, saberes y procedencias.

Los domingos nos juntábamos en mi casa jóvenes escritores y poetas para leer nuestras producciones. De allí surgió la revista “El Taller”: Cuadernos Literarios que dirigí desde 1972 a 1974. Comunistas, socialistas, peronistas, radical-intransigentes, radicales del pueblo y demócrata-cristianos. Viejos, adultos, jóvenes. Universitarios y no. Siempre los recuerdo como un ejemplo de convivencia en democracia.

Hoy es difícil. No por tener ideas distintas sino porque se ha producido una fractura en la comunicación desde su elemento más sensible: el código. Si alguien habla desde las palabras y otros desde la corporalidad...

¿Cómo te cae, cómo procesás la decepción (o lo que corresponda) que te infiere la persona que te promete algo que a vos te interesa —y hasta podría ser que no lo hubieras solicitado—, y luego no sólo no cumple, sino que jamás alude a la promesa?

Pésimo. Me caería muy mal. Pero bueno..., es una de las bondades de las caminatas, la jardinería y la literatura.

No concerniendo al área de lo artístico, ¿a quiénes admirás?

A las personas que tienen una gran voluntad y constancia para lograr su cometido.

¿Tus pasiones te pertenecen o sos de tus pasiones? Pasiones y entusiasmos. ¿Dirías que has ido consiguiendo, en general, distinguirlos y entregarte a ellos acorde a la gravitación?

En otras épocas pudo haber sido, pero los años me han vuelto más moderada y cauta.

¿Qué artistas estimás que han sido alabados desmesuradamente?

La propaganda hoy se encarga de venderte espejos de colores que comprás con entusiasmo, pero siempre me llamó la atención las contratapas de los libros: todo es genial; el libro el autor la crítica todo, son geniales. Todos, todos son geniales. Lo más. El premio de aquí y de allá. Suena falso, por lo menos a mí. O quizás uno entre muchos, pero en medio de la hojarasca no lo descubrís.

También —oh, la balanza libriana— en más de una ocasión me he preguntado si ese texto que yo desmerezco, no será la salvación de otro lector.

¿Acordarías, o algo así, con que es, efectivamente, “El amor, asimétrico por naturaleza”, tal como leemos en el poema “Cielito lindo” de Luisa Futoransky?

Me voy urgente a leer ese poema.

¿El amanecer, la franca mañana, el mediodía, la hora de la siesta, el crepúsculo vespertino, la noche plena o la madrugada?

La madrugada. Ver salir el sol y mantener la expectativa de lo que podés vivir ese día es maravilloso.

¿Qué dos o tres o cuatro “reuniones cumbres” integradas por artistas de todos los tiempos y de todas las artes nos propondrías?

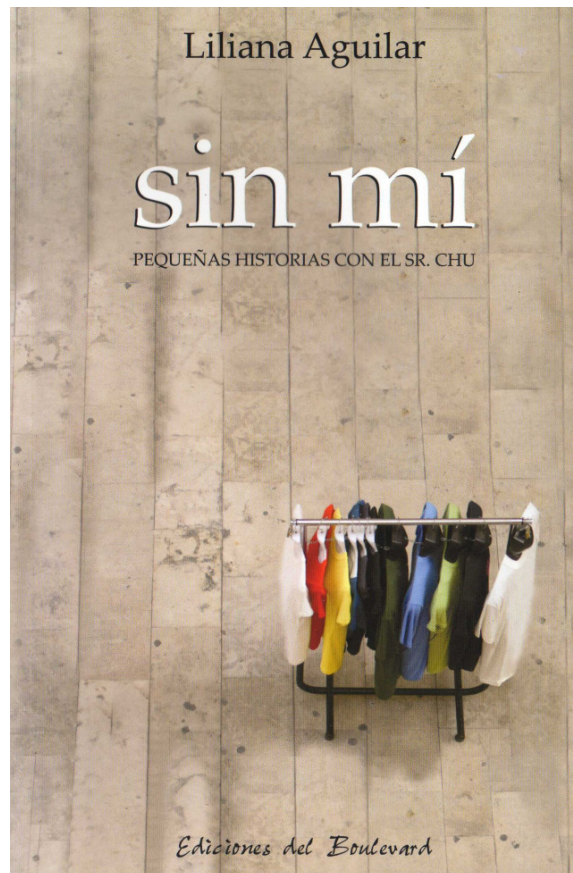
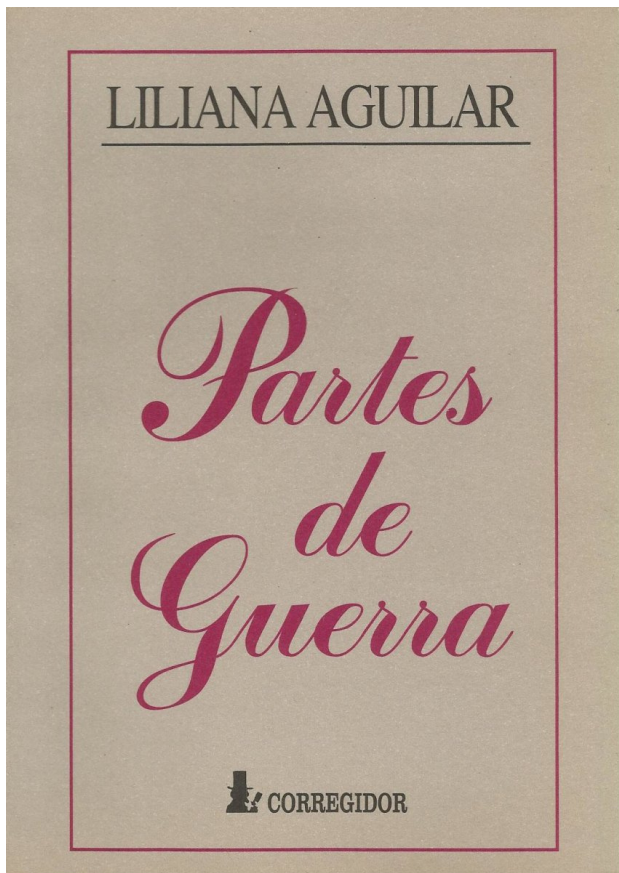
Francamente me decepcionan las llamadas reuniones cumbres. Cumbres de qué y con qué resultados. Como si creyéramos que un nuevo Frankenstein compuesto de cerebros y creadores universales nos proporcionarían un mejor nivel de vida o por lo menos con menos miseria en todo sentido.

No sé. Sigo creyendo en las valías individuales, en lo que cada quién hace todos los días para ser mejor en lo que sabe y puede.

Seas o no ajedrecista: ¿qué partida estás jugando ahora?

La de vivir.

Cuestionario respondido a través del correo electrónico: en las ciudades de Córdoba y Buenos Aires, distantes entre sí unos 700 kilómetros, Liliana Aguilar y Rolando Revagliatti.



¡¡No te pierdas esta súper oferta!!

**El autor, Enrique Eloy de Nicolás,
quiere que leas sus libros y los pone a
precio de imprenta**

¿¿Vas a dejarlos escapar??

¡Estoy que lo tiro!

Mis 3 libros publicados en papel, ahora en oferta:

**¡Solo 25 € los TRES, gastos de envío
incluidos!**



Envíame un correo haciendo tu pedido y te los enviaré dedicados:
ee.denicolas@gmail.com



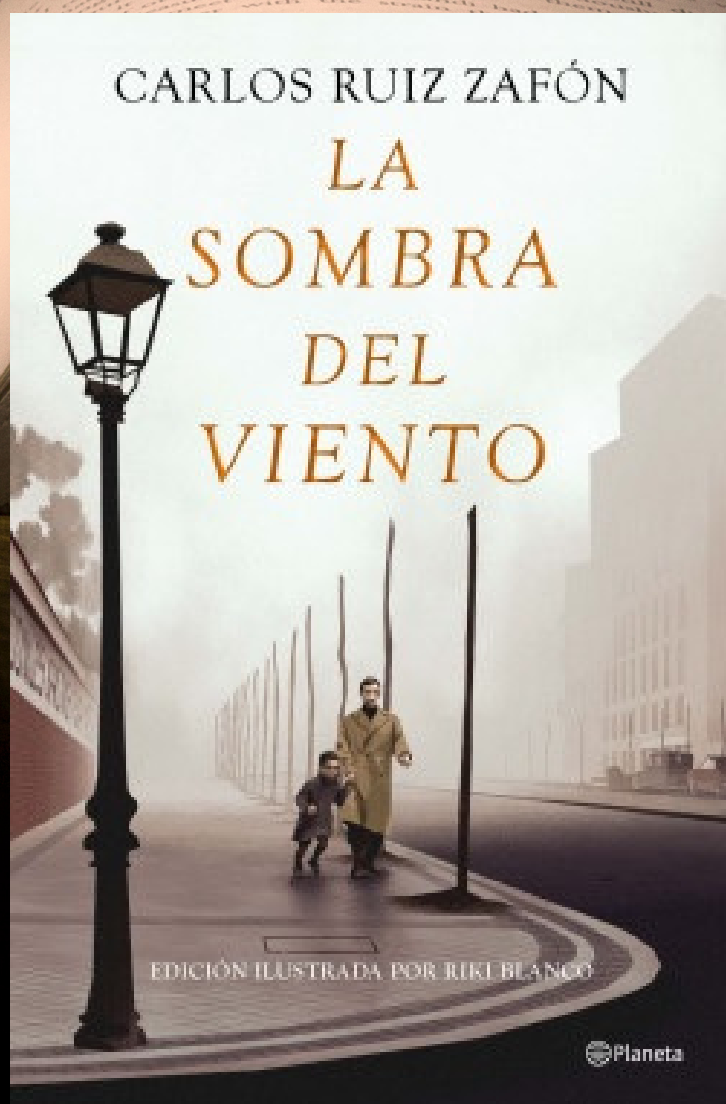
Si quieres, también puedes descargarte,
desde AMAZON, mi otro libro, solo publicado
en ebook, ¡por menos de 2 €!

LIBROS DE HOY Y DE SIEMPRE

La Sombra del Viento,

de Carlos

Ruiz Zafón (*)



Por Javier Úbeda Ibáñez
Teruel - ESPAÑA



<https://metapoesia.es.tl/Javier-Ubeda-Ibanez.htm>

Confieso que voy a copiar. He aquí la sinopsis de la propia editorial: «Un amanecer de 1945 un muchacho es conducido por su padre a un misterioso lugar oculto en el corazón de la ciudad vieja: El Cementerio de los Libros Olvidados. Allí, Daniel Sempere encuentra un libro maldito que cambiará el rumbo de su vida y le arrastrará a un laberinto de intrigas y secretos enterrados en el alma oscura de la ciudad. La Sombra del Viento es un misterio literario ambientado en la Barcelona de la primera mitad del siglo XX, desde los últimos esplendores del Modernismo a las tinieblas de la posguerra». Vaya. Qué respiro. Buena sinopsis; yo no la habría hecho mejor.

Continuemos, que ya están ustedes al tanto de su argumento. El libro que hoy nos ocupa merece ser analizado en profundidad, tanto por su valor en sí mismo como por su significado dentro de las letras españolas o, al menos, dentro de la industria editorial, ese complejo engranaje en el que no siempre es fácil determinar qué se publica por su calidad y qué se publica por otros motivos. Esa línea es muy fina y es un riesgo situar esta obra a uno u otro de sus lados, debido a las filias y fobias que despierta. Sus acólitos insisten en que su autor es el autor español más vendido después de Cervantes, pero sus detractores hacen hincapié en una supuesta baja calidad literaria.

Es imposible pararse a reflexionar y desgranar esta obra y dejar de lado algo tan obvio como el gran éxito de ventas que fue y que es:

millones de ejemplares vendidos, traducido a casi cuarenta idiomas, germen de clubes de lectura y halagado por el boca-oreja; tengamos en cuenta que algo tendrá el agua cuando la bendicen y respetemos el criterio de los lectores antes de vilipendiar con ligereza

Recapitulemos para no dejarnos llevar por ninguna de ambas corrientes, al menos, en principio. Forma parte de una tetralogía, de nombre El cementerio de los libros olvidados, compuesta por La Sombra del Viento, El juego del ángel, El prisionero del cielo y El laberinto de los espíritus. Ha resistido muy bien el paso del tiempo, tanto es así, que la podemos encontrar en formato ebook y en formato audiolibro, lo cual es señal de que la atesora la vitalidad de los clásicos modernos en su adaptación a las preferencias actuales.

Un punto positivo, a mi entender, de estas obras, es que se pueden leer de forma independiente, aunque siempre es más rico dejarnos llevar por todas ellas, pues pequeñas y no tan pequeñas sutilezas los van engarzando, una fantástica técnica para incitar al lector a formar parte de este universo; no obstante, si no se lee el conjunto, no existe la sensación de estar fuera de juego.

Podemos hablar de un multiverso, pues, sin sonrojarnos. La Sombra del Viento se somete a ser parte de una tetralogía desgranada a lo largo de muchos años, pero es, sin duda, el componente que mejor parado sale.

Situándonos en la parcela que le corresponde, hay más niveles que tratar, más multiversos que abrir. Hay que permanecer atentos, pues es una oda a la metaliteratura en toda regla. Ruiz Zafón recurre al cliché del libro dentro de otro libro, un guiño directo a los que no concebimos la vida sin tener uno cerca. Sí, funciona y nos atrapa. Nos habla de escritores, de lectores, de un libro especial, de una librería peculiar y de un lugar donde uno puede rescatar títulos. Sí, esto lo hemos leído antes, lo sé, pero el gancho no puede ser más potente. Y el niño lector... ¿Cómo lo vamos a dejar desamparado, si ese niño hemos sido nosotros? Ya adelanto que, con sus más y sus menos, con sus aspectos mejorables y con los cuestionables, con algún momento en el que hay que ejercitar la paciencia y dejar que el autor se recree, ese atrapamiento perdura hasta el final. Además, me permito añadir, su autor, lejos de dejarse llevar por el canto de sirenas de explotar los derechos para llevar la historia a medios audiovisuales, se mantuvo insobornable y no cedió a las, más que seguramente, succulentas ofertas que recibiría. Para él, «nada cuenta una historia con la intensidad de una novela si está bien hecha» y llevarla al cine «sería una traición a su naturaleza porque estos libros son un homenaje a la palabra escrita».

Dos son los reproches principales que se suelen esgrimir para denostar el libro: la falta de documentación histórica y los errores gramaticales y de estilo. Sobre el primero de ellos, cabría decir que muchos lo son, y sí es reprochable, sobre todo, si tenemos presente el concepto latino del *docere-delectare*, «entretener y enseñar». En mi caso, mi admonición se dirige más al editor, persona encargada de asegurarse, mediante la contratación de sucesivos especialistas, de que no haya gazapos de ningún tipo.

Claro está que no hay libro sin errata, pero también la decencia apura para entregar un libro en las mejores condiciones posibles, algo que se logra con las reediciones. Consejo de amigo.

Pasaré a indicar las que considero fortalezas del libro. La trama y sus subtramas me resultaron acertadamente hilvanadas, a pesar de que considere que habría quedado más limpio suprimir algunas. Reconozco abiertamente que, en términos generales, considero que está bien pensada y bien ejecutada. Es fundamental que se vayan desvelando los misterios en el momento oportuno y eso está logrado. Ciertamente es que habría sido deseable un final un poco más ágil y menos previsible en algún punto, pero uno se acoge al principio de suspensión de verosimilitud y consiente esperar por un desenlace que se podría haber dado con mayor prontitud y simpleza, pues las piezas ya las conoce.

Los personajes son uno de los ejes en toda novela. Podría afirmar que estamos ante una novela coral, ya que, en las andanzas del protagonista, lo acompañan muchos otros, situados en tiempos y en espacios diferentes. Vemos a Daniel, cómo crece, cómo va ganando en confianza, y nos enternece y deseamos protegerlo de todo mal. No vemos, por el contrario, a Carax, quien permanece difuminado entre la misma niebla que rodea la ciudad de Barcelona, que es otro personaje en sí mismo, retratada en lugares reconocibles por los que han peregrinado miles de lectores de los que conforman el turismo literario. En ellos se apoya Ruiz Zafón para ir descubriendo, poco a poco, capa a capa, lo que ocultan, hasta desvelar, con ritmo muy medido, el misterio. La nómina sería amplísima, por lo que he optado por concederme el gusto de centrarme en el que es, para mi el

personaje estrella, Fermín Romero de Torres. De apellidos fácilmente reconocibles, alusivos al gran pintor simbolista español, sin duda importante por su trayectoria, que culminó en una estética modernista, muy a tono con el tiempo histórico en el que se encuadra. Heredero de la tradición de la picaresca, en cierto sentido, su conocimiento de la gramática parda de cómo es la vida y de cómo son las personas dará para muchos diálogos magníficos con Daniel que se leen con fruición.

Si he de opinar acerca del uso del lenguaje, seré franco. Muchos acusan al autor de emplear arcaísmos o de sumergirse en un estilo demasiado alambicado, como si ambas cosas fueran pecado, y mortal, además. Yo contemplo con admiración cómo se puede sostener de manera bastante acertada la acción, que discurre en planos muy distintos, cómo se puede ir dando paso a tanta variedad de personajes, permitiendo ver solo lo justo para continuar generando interés, cómo se van eligiendo itinerarios para que todo tenga un sentido final... ¡Y eso se pueda hacer cuidando el idioma, embelleciéndolo y manteniendo, a la vez, intrigados y cautivados a los lectores! Indudablemente, es susceptible de mejora, pero pocos títulos no lo son. Sin embargo, su dominio sobre distintos registros del habla, en dependencia directa de las intervenciones de los personajes, es incuestionable.

¿Qué podría apuntar en cuanto al género? ¿O géneros? Es complicado simplificarlo, porque seguramente ya existan estudios que lo definan más certeramente, pero baste decir que aúna características del folletín, de la novela negra, de la novela romántica, de la novela costumbrista y de la picaresca. Es posible que alguno se me quede en el tintero.

Lo importante es que el lector sepa navegar y desplegar las velas del barco para que el viento de cada uno de esos géneros lo lleve donde tiene calculado el autor, ya que nunca se sabe, o, puede que sí, se sabe cuando sopla viento de otro género y percibes de qué lado te había llevado el anterior.

Me resisto a dar la razón a quienes critican desafortadamente este título solo porque venga precedido de buenas cifras de venta. Presenta claros valores de estructura, de estilo narrativo, de óptima ejecución de los diálogos. Los tempos para la aparición de cada una de las claves están excelentemente ubicados, y los personajes son entrañables, punto en el que descuella Fermín con diferencia. Podemos estar de acuerdo en que la transición hacia el final y el final mismo no son lo más acertado de la obra, pero hay que disfrutar tanto el viaje como de la estancia en el destino.

Puede ser que la cuestión estribe en que, si se lee como adulto y no como niño, no se perciba que, en última instancia, es un cuento, sí, un cuento muy largo, pero un cuento de fantasía que nos rodea de nostalgia por las lecturas que disfrutábamos durante horas, donde lo esencial era la aventura. Es duro tratar de frente con la nostalgia, y *La Sombra del Viento* se dirige a los adultos nostálgicos que fueron lectores voraces y a los que hoy les cuesta un esfuerzo subirse al barco, desplegar las velas y navegar sin mayor pretensión. Si es así, es una pena, porque es un fantástico libro para el disfrute que deberíamos leer sin tantos condicionantes externos que nos distraigan de la aventura.

() Carlos Ruiz Zafón falleció el 19 de junio de 2020 en Los Ángeles (California, Estados Unidos).*

Cada dos sábados te ofrecemos un nuevo programa de radio, con los **temas literarios** que de verdad te interesan...

¡Te esperamos a través de las ondas!

ONDA
Literatura
en las ondas...

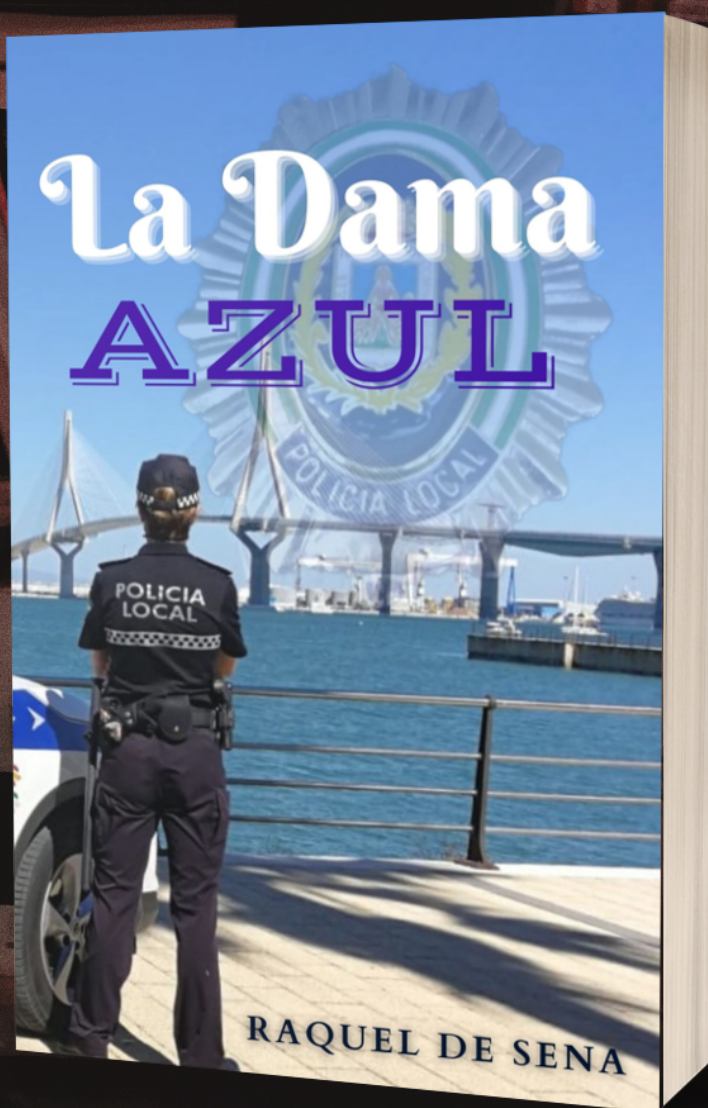


DESDE EL HORNO BOOKYAM A TU MESA

La Dama **AZUL**,

de Raquel de
Sena

AMAZON (ebook y papel)
Editado por BookyAM
Servicios Editoriales
ISBN: 9798685323347
252págs.





Raquel de Sena nació en Cádiz en el año 1958. Es Licenciada en Educación, con la especialidad de Ciencias. Mientras trabaja como profesora en varios colegios, comienza a publicar como articulista en el periódico "Cádiz Información", especializándose en críticas sociales,

En el año 1985 ingresa como funcionaria en el cuerpo de la Policía Local de Cádiz, hasta su jubilación en el año 2019.

Su gran pasión por la naturaleza y los animales le lleva a recorrer los senderos, rutas y montañas de la sierra de Cádiz, Málaga y Huelva. Estuvo federada en el grupo «Rumboa» hasta su desaparición, perteneciendo en la actualidad al grupo «Montañeros, vámonos que nos vamos».

Su otra gran pasión, la lectura, le anima a escribir una serie de relatos e historias cortas.

Es miembro del Ateneo de Cádiz, donde comienza a presentar sus relatos cortos, aún no publicados, basados, en general, sobre la psicología de la mujer.

En el año 2020, mientras el confinamiento por la crisis del virus Covid-19, surge la idea de su libro La Dama Azul, donde se recopilan las anécdotas ocurridas durante sus años de trabajo como policía local en su ciudad natal.

Por Enrique Eloy de Nicolás
Valladolid - ESPAÑA

<https://enriqueeloydenicolas.wixsite.com/novela-relato-teatro>
www.bookyam.com



Con una prosa ágil y fluida, con el gracejo típico de las gentes de Cádiz y con la sinceridad por bandera, la autora nos introduce en un mundo que muy pocos conocen: los entresijos de una comisaría de Policía Local.

La autora –que es la protagonista de esta historia– nos sumerge en el trabajo policial de los años ochenta en su ciudad, Cádiz, desde su entrada en ese cuerpo hasta el día de su jubilación, treinta y cinco años después.

*“...una prosa
ágil y fluida...”*

*"...una obra
dura, pero llena
de ternura..."*

Nos hace partícipes de sus preocupaciones y desazones, de la angustia y miedos de algunos momentos, de la batalla que debió librar para hacerse comprender y respetar en un mundo de hombres, donde la mujer comenzaba a aparecer tímidamente. Hoy en día, el acceso de las mujeres a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad es imparable, al igual que su reconocimiento profesional. Sin duda, la autora de esta obra algo ha tenido que ver.

La Dama Azul es una obra dura, pero llena de ternura, de recuerdos, buenos y de los que no lo son tanto, en la que muchas personas se verán reflejadas y a nadie dejará indiferente.



BOOKYAM CONFIDENCIAL: NUESTROS AUTORES



ENTREVISTA A
CARLOS
ENRIQUE
AGUILAR MORA

"La poesía era mi punto débil, mi romanticismo me pedía que hiciera algo..."

CARLOS ENRIQUE AGUILAR MORA (Malvas, Ecuador 1957)

Licenciado en Comunicación Social, por la Universidad Técnica de Machala.

Máster en Radio, por la Universidad San Pablo CEU de Madrid.

Ha sido narrador y comentarista deportivo, jefe de deportes. Su verdadera pasión era narrar fútbol y lo hizo por espacio de doce años. Además, ha sido corresponsal de deportes para la televisión de Ecuador y reportero de un canal de televisión en Machala. Director de Noticias y Director General de Radio Vía de Machala, hasta 1999, año en que decide viajar a España.

En 2002 obtiene su Tarjeta de Residencia y su permiso de trabajo en España y, a partir de ahí, empieza a ejercer su profesión en dos emisoras de Madrid.

Actualmente trabaja como Gestor Comercial en una empresa de tele-marketing de Madrid.

En el año 2006, obtiene la doble nacionalidad, ecuatoriana-española.

En 2013 publica su primer libro, *Un sueño en su mochila*, y logra darse a conocer como escritor con mucho éxito en España y Ecuador.

En 2015 publica su segundo libro, *Del sueño al éxito*, y más tarde *El color del agua*, un poemario exquisito en el trato del amor, en el que da a conocer su lado más sensible y su pasión por las cosas sencillas de la vida.

Con BookyAM acaba de publicar (octubre de 2020) su segundo poemario, *Rosas de amor*.

*Por Enrique Eloy de Nicolás
Valladolid - ESPAÑA*

<https://enriqueeloydenicolas.wixsite.com/novela-relato-teatro>
www.bookyam.com



-Carlos, usted ha publicado, por el momento, una novela (*Un sueño en su mochila*), un poemario (*El color del agua*) y un ensayo o libro de divulgación (*Del sueño al éxito*); además del poemario que acaba de publicar con BookyAM (*Rosas de amor*)... ¿De cuál de ellos se siente más orgulloso (entendiendo que todos son “hijos” suyos)?

Me identifico mucho más con la novela y poesía. *Un sueño en su mochila* fue para mí muy emotivo, porque hacía realidad mi sueño de escribir un libro. Además, es una novela que tuvo muy buena aceptación y me allanó el camino para seguir en la senda de la escritura. Luego intenté con la poesía y después de escribir casi 200 poemas, creo que es tiempo para seguir juntando letras en lo que me proponga.

-¿En qué género literario se mueve más cómodo?

La poesía era mi punto débil, mi romanticismo me pedía que hiciera algo, por eso lo intenté, pero también me apasiona la novela romántica y creo que algún día haré algo relacionado con este género.

-Todos los que escribimos sabemos lo complicado que es pasar de un género a otro, y más cuando –por ejemplo- estás inmerso en una novela, con lo que conlleva el proceso de documentación, escritura, revisión, etc...

¿Le cuesta mucho pasar de uno a otro género?

Claro que cuesta un poco adaptarse de un género a otro. Por ejemplo la poesía era un reto para mí y con el poemario Rosas de Amor, quería rendirle homenaje a eso que llamamos amor y creo haberlo conseguido, el libro tiene muy buena aceptación. Por su parte, escribir novela es un poco complicado, requiere tiempo, dedicación y mucha concentración, pero a su vez, es muy entretenido hacerlo.

-¿Es usted de esos escritores que pueden compaginar el proceso de escritura de dos o más obras al mismo tiempo? Si es así, ¿qué géneros literarios compagina?

Sí, de hecho estoy escribiendo una novela con un poco de intriga romántica y política y acabo también de publicar mi poemario Rosas de Amor. Creo que cuando nos pica ese “gusanillo” por escribir, lo único que podemos hacer es dar rienda suelta a las ideas y a la imaginación.

-Y ahora, la pregunta que siempre realizo a mis entrevistados... En su opinión, ¿un escritor nace o se hace?

Creo que el escritor se hace, igual que a caminar se aprende caminando, así mismo, a escribir se aprende escribiendo y la mejor forma de aprender a escribir es leyendo e investigando mucho, para escribir hay que ensayar mucho la narrativa que es a su vez, la forma de escribir como si lo estuviéramos contando a nuestros amigos.

-Aún sabiendo que se debe tener cierta inquietud (por no llamarle talento) para crear literatura, ¿cree usted que es posible aprender a escribir? Entendiendo “aprender a escribir” obras literarias, hacer buena literatura en general; porque hoy en día todo el mundo escribe, sin tener en cuenta la calidad literaria mínima exigible.

Sí, además, hoy en día hay mucha escuela, demasiadas oportunidades donde formarse, para hacer buena literatura hay que recibir una buena formación desde el inicio, eso nos permitirá evitar errores que tenemos y no los reconocemos.

-¿Sus textos parten de una imagen, de una idea? ¿Qué es lo que enciende esa llama en su cabeza para comenzar a escribir un relato, un poema... una novela?

Escribir una novela se consigue con una idea principal y muchas ideas subsiguientes, me gusta mantener la idea principal y adornarla con acontecimientos, detalles, diálogos, descripciones y paisajes que hagan vivir lo que se está contando. Lo contrario de escribir poesía que se lo consigue juntando palabras con mucha imaginación y creatividad.

*“...para hacer
buena literatura
hay que recibir una
buena formación
desde el inicio”*

-Es un problema muy comentado entre los escritores hablar de “el bloqueo del escritor”. ¿Realmente cree usted que existe ese bloqueo, o es una simple excusa para no ponerse a trabajar? ¿Y si de verdad existe, cómo se enfrenta usted a ello, a la página en blanco?

Realmente el bloqueo del escritor existe. En esos casos, es muy importante tomarse un descanso unos días, salir, caminar, olvidar lo que se ha escrito y empezar a ejercitar nuevamente el cerebro, creando nuevas imágenes de lo que queremos escribir. Nuestro cerebro también necesita un poco de relajación.

-¿Sigue algún proceso a la hora de escribir, a la hora de plantearse una obra literaria?

Me gusta escribir un título sobre el tema que quiero desarrollar, luego me planteo unas tres preguntas sobre ese tema y empiezo a contestar cada pregunta, escribo unos cuatro folios por pregunta, así es como voy avanzando.

-**Conocemos los rituales y rutinas –por lo que ellos mismos cuentan- de muchos escritores, que no podrían trabajar fuera de ellos ¿Sigue usted alguna rutina o ritual – llámelo como quiera- para poder trabajar?**

Yo sigo una rutina que es levantarme temprano, me sirvo una taza de café y me pongo a escribir, a esa hora la mente está muy despejada y eso me ayuda mucho. Además, por las noches antes de dormir, me gusta pensar un poco en cada nueva escritura que voy a empezar, eso me ayuda a ejercitar el cerebro.

-**Por su trayectoria literaria supongo que ya conocerá a muchos de sus lectores, pero a los que no conoce, y a los que están por llegar... ¿Cómo los imagina?**

No me gusta imaginar a mis lectores, los que me conocen y leen mis obras se pasan la información entre grupos de amigos y así funciona mi “publicidad”

*“mi rutina es
levantarme temprano*

-Acaba de publicar con BooKyAM su segundo poemario, titulado Rosas de amor. ¿Se ha encontrado alguna vez con dificultades para conseguir editor?

Sí, siempre hay dificultades, las editoriales no apoyan al escritor novel, solo miran cuánto podrán sacar de esas ventas y le envían presupuestos nada agradables al nuevo escritor. Tenemos que investigar más dónde publicar nuestras obras.

-En su opinión, sabiendo que las editoriales convencionales, generalmente, apuestan por autores consagrados y conocidos, ¿cómo ve usted el actual panorama literario español? ¿Hay diferencia con el de América, por ejemplo?

Sí, hay diferencia, el escritor español desarrolla muy bien cada trama, se siente mejor apoyado por lectores y escritores que hacen lo mismo, hay más y mejor ambiente a la hora de escribir. En América, el escritor está menos apoyado, hay menos grupos de apoyo y eso se nota.

-Ya conocemos que usted, además de escritor, es un lector voraz. ¿Cuáles son sus libros de cabecera? ¿Y los que más le han marcado en su vida y en su labor literaria?

Mis libros de cabecera: La sombra del viento, Cien años de soledad, Paula, El alquimista, entre otros. Soy más de novela narrativa. Cuando leí Cien años de soledad, hace ya casi cincuenta años, me dije algún día quiero escribir como García Márquez, sé que no lo lograré, pero me gusta mucho él como escritor.



-Como escritor experimentado que es, en varios géneros literarios, además, ¿qué consejo o consejos le daría a un escritor principiante?

Dar consejos no creo que sea elegante, pero sí quiero decir que la lectura nos forma ideas importantes, la investigación despeja interrogantes y la forma de escribir que sea legible.

-¿Está usted trabajando actualmente en alguna nueva obra? ¿Podría adelantarnos algo sin hacer “spoiler”, como dicen los jóvenes de hoy en día?

Sí, me gusta el mundo del telemarketing, llevo algunos años involucrado en este sector y estoy trabajando un libro que me gustaría sirva de guía para la juventud que le gusta este sector laboral.

-Ha sido un auténtico placer charlar un rato con usted, Carlos. Espero que sus libros tengan mucho éxito, en especial Rosas de amor, del cual me siento muy orgulloso por la parte que me toca. Muchas gracias por todo.

Gracias a usted Enrique por ayudarme a publicar mi poemario y ponerlo en una plataforma universal como es Amazon. Animo a más escritores noveles a que, antes de publicar su obra, investiguen bien cuál será su mejor opción, yo ya lo tengo claro.



Promociona tu **MARCA COMERCIAL, EMPRESA o MARCA DE AUTOR**, a página completa, en nuestra revista digital "SCRIPTOREM", con miles de lectores en todo el mundo, con la promoción que habitualmente se le hace en redes sociales (Twitter, Facebook, LinkedIn) a cada nuevo número.

(Un anuncio en el n° correspondiente del cuatrimestre)

También te promocionaremos con un anuncio en cada uno de los programas de radio de Onda BookyAM Literaria.

(Durante los 8 programas del cuatrimestre)

¡¡ Por solo 39 €!!

Contacta con nosotros en el correo electrónico
bookyam.info@gmail.com

Estaremos encantados
y muy agradecidos de
tenerte con nosotros,
ya sea como
colaborador o como
suscriptor

Contacta con nosotros en el correo electrónico
revista.scriptorem@gmail.com

¡¡Un millón de
gracias!!



**¡Publica tu libro en
Amazon con BookyAM!**

**Ahora todos nuestros
packs con un 10% de
descuento**

**¡Deja de ser
invisible!**

www.bookyam.com

www.bookyam.com
bookyam.info@gmail.com

Tfn.: 620450541 / 667845984

ZYXWVUTSRQPONMLKIHGFEDCBA

76

LONDON

Box 474

LARGE WOOD LETTERS 1890-1940



Printing Shop of London

Editada por:
Enrique Eloy de Nicolás y
BookyAM. Servicios Editoriales

ISSN: 2792 - 6206



9 772792 620605